

600 T
Sr. R.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



FILOSOFIA

Tres Novelas Representativas de Sud-América.

XXXX

TESIS QUE PARA ALCANZAR EL GRADO DE
MAESTRA EN LETRAS PRESENTA, LA ALUMNA
ALICIA ORTIZ AVILA.



FILOSOFIA

MEXICO, D. F. DICIEMBRE DE 1931



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Mis Padres

0137

S U M A R I O.



- I.—La Literatura Sud-Americana hasta los tiempos actuales.
- II.—D. Segundo Sombra.—De Ricardo Güiraldes (Argentina).
- III.—Da. Bárbara.—De Rómulo Gallegos (Venezuela).
- IV.—La Vorágine.—De José Eustasio Rivera.—(Colombia).



I

Por literatura iberoamericana entiéndese únicamente la que sé refiere al habla española, puesto que no existen acervos que justifiquen suficientemente este florecimiento espiritual de las culturas aborígenes prehispánicas. El estudio de los documentos escritos procedentes de civilización puramente americanas, más pertenece al dominio del lingüista o el historiógrafo, que al propiamente literario, porque si bien en otros aspectos los pueblos de América habían alcanzado un notable adelanto, en lo que letras toca, el gusto no estaba formado y los cultivadores, fueron, probablemente muy escasos.

Es pues, preciso, detener la visión hacia el final de la decimo-quinta centuria y considerar el amplio mundo que ofreció a España el soñador navegante portugués. Una vida fastuosa y refinada florecía en los grandes imperios. El espíritu religioso, en profunda raigambre, normaba la existencia. El sentimiento estético, natural en los pueblos de América, tendía en su expresión a representaciones simbólicas de la existencia espiritual y divina y en la infinita variedad de motivos ornamentales, según nota Contreras, tenían las aves un lugar señalado, y de las aves, el ala, el mejor emblema del impulso enaltecedor, y potente. Entre pueblos de tal calidad espiritual, ¿qué extraño puede parecer un Rey Netzahualcóyotl?

Y entonces se consuma la gran aventura: España vuelca en las rutas inseguras sus ansias de grandeza y su afán de conquista. La tierra pródiga de América sufre el surco que trazan ambiciones guerreras y los imperios se doblegan bajo el yugo tenaz. Mas no todo es rudeza en el empeño: la raza altiva accede a unirse a la humillada, y el orgullo dominador, se

atempera en su descendencia, con la melancolía del "hombre que amaba los pájaros".

Y todavía hay que sumar otro valor; la conquista espiritual cuya realización implicó una nueva labor; la de abrir escuelas, fundar universidades, levantar iglesias. Así, por la fusión admirable de dos distintos valores, abrió bajo estos cielos un rico florecer de industrias, artes y estudios en diversas ramas, siendo entre éstos, mejor atendidos, por la importancia que para ambas razas tenía, el de cuestiones filológicas y lingüísticas. Vino entonces el Castellano a enriquecerse con vocablos y expresiones autóctonas, siendo notable el hecho que señala Contreras de que no obstante, conservara una unidad y pureza que ahora es casi rara entre nosotros. Y con ese caudal, asaz limpio y abundante, los conquistadores narran sus aventuras y empieza una era señalada en las letras de América.

Capitanes o monjes relatan las hazañas en que fueran actores o testigos. Es la época de los Bernal Díaz del Castillo (n 1492 "Historia) de la conquista de (Nueva España), de los Alonso de Ercilla, (1533-1596 "La Araucana"); se escriben crónicas de campañas, narraciones de costumbres, estudios sobre las lenguas aborígenes. Hubo también poetas o rimadores: Juan de Castellanos, (n 1522 "Elegías de Varones Ilustres de Indias") Pedro de Oria (n Chile 1576 "Arauco Domado); Hernando Alvarez de Toledo (n Chile 1550-1633 "Puren Indómito") y el extremeño Martín del Barco Centenera (1535-1602). Otros historiadores criollos fueron Garcilaso de la Vega (Perú 1541-1615 "Comentarios Reales) y Fray Alonso de Ovalle (Chile 1600-1665 "Histórica relación del reino de Chile) Los tres siglos del coloniaje se presentan fecundos para las letras americanas siguiendo el gusto de la época, se escribe poesía religiosa e histórica; en el tono cortesano impera el gusto del culturanismo. Se escriben en esa época, en México "El Peregrino Indiano" de Saavedra Guzmán y "Nuevo Mundo y conquista" de Francisco de Terrazas.

Las novelas de caballerías ya habían florecido en España pero su eco en América fue muy mediocre. Sólo la suave lírica de Boscán y Garcilaso despierta un destello en el estro femenino más puro y acendrado de todos los tiempos: la monja jerónima Sor Juana Inés

de la Cruz (1651-1695); y en el ingenio cortesano de más alta calidad: Juan Ruiz de Alarcón (1581-1639).

Otras figuras destacan: En Colombia, Hernando Domínguez Camargo (m 1656) en Perú, Juan de Espinosa Medrano (1629-1688) "Apologético de las Soledades") y el iniciador de la poesía festiva que más tarde fuera característica de Lima, Juan del Valle Caviedes (m 1692).

La soldadesca aporta a su vez la nota típica, con los romances, cuentos y canciones que el gusto indígena transforma y adapta, imprimiéndole carácter y una nueva modalidad. En las coplas españolas se funden la melancolía y superstición del indio y aún las zambas, zamacuecas y bambucos en que la raza negra cantara la incurable nostalgia del esclavo.

Hay también, algunas obras criollas, que sin gran fortuna tratan de imitar los modelos de España (fábulas y novelas pastorales y autos o poesía sagrada). Un verdadero temperamento, que ya empieza a fijar las bases del relato novelesco, es D. Carlos Sigüenza y Góngora, con sus aventuras de Alonso Ramírez.

Considera esta, Contreras, como la segunda etapa de la evolución literaria de América, algo como una Edad Media que hubiese conservado la tradición, la leyenda, el acervo literario, gracias a lo que ojos poco sagaces, podrían llamar limitaciones excesivas: el absolutismo de los gobiernos, que cerraban la puerta al comercio extranjero, impidiendo la entrada de libros, es decir, de ideas y cultura; el fanatismo de la Inquisición y el estrecho formulismo de la enseñanza jesuítica que oprimía la libertad del pensamiento. Todo esto creó la unidad cultural en América, sobre las firmes bases de clasicismo y catolicismo. Así abrió esplendoroso el siglo XVIII americano, el de las bellas ciudades, las Universidades famosas, la rica arquitectura y costumbres singulares, que aún iba a culminar en el alba del siguiente con los anhelos de libertad plasmados en Martí, Hidalgo, Bolívar.

Con la imprenta, ya traída a fines del siglo XV, nació el periodismo. Los clérigos se lanzan por el camino de las letras y aparecen algunas novelas que todavía no se libertan de los modelos hispánicos. El siglo finaliza señalando en letras, por algunos traductores de obras francesas, inglesas e italianas. Al alborear el

nuevo, la América se estremece, los pueblos se sacuden en convulsión sangrienta y en las hogueras del amor patrio se consumen vidas por millares; es la hora vibrante en que las nuevas razas reclaman su vida propia, desgarrando las más íntimas ligas.

Entre las vocés exaltadas que arrastran pueblos a la lucha, hay acentos de belleza inconfundible; que hasta mediar el sig'lo, dan el tono heroico a la literatura.

Las nacionalidades apuntan, los límites raciales y geográficos se definen y surgen modalidades espirituales con posibilidades propias, su riqueza característica y su distinta tradición.

De estos brotes de autonomía, se aísla desde luego el Brasil, por razón de las influencias que recibiera en la conquista y acaso por la razón más imperiosa de la Selva, muralla impenstrable que sólo le deja la libre visión del océano; la ruta abierta hacia la Europa.

En muchas regiones, la vida se afirma, cobra vigor y nace una nueva, generación artística. México se destaca, con caracteres propios en que se funden dos culturas que lo hacen a la vez positivista y lírico, elegiaco y cruel; es el hijo de los Emperadores indígenas y los rudos soldados; es la tierra de las áridas lanaras que florecen en cactus.

Las figuras mejor delineadas del período de lucha, son Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842); Ignacio Altamirano (novelista), Guillermo Prieto y Manuel Acuña, un poco más adelante (1849-1873).

En algunas obras, aún hay influencia española: "El Periquillo Sarniento" especie de novela picaresca. En Uruguay se destacan Juan Carlos Gómez (1820-1884) y Alejandro Magariños Cervantes (1828-1893). Surgen los himnos patrios, de calidad mediocre, pero inflamados de viril entusiasmo, (Vicente López el argentino y Fco. Acuña Figueroa el de Uruguay), y los cantos a las victorias logradas: "Canto a la batalla de Junin" de José Joaquín de Omedo (1780-1847) (Ecuador).

La frágil belleza de los poemas nativos, los asuntos propios recogidos de labios humildes en los barrios pobres de la ciudad, encuentran realce y frescura con Mariano Meigar y Bartolomé Hidalgo. El cubano José Ma. Heredia, se inspira en la bella naturaleza ame-

ricana que también late en las mármóreas estrofas del colombiano Andrés Bello. Figura firme y completa; humanista y gramático, ensayista y poeta que sobresalen en la crítica, descuella en la poesía y domina la prosa con maestría admirable. Imitador de Virgilio, traductor de Hugo y Byron, conserva, sin embargo, su clara personalidad que marca hondas huellas en Chile, donde fundó la Universidad. En cuestiones gramaticales, sus teorías son bien conocidas y perduran por su valor didáctico.

Los motivos propios, orientan el gusto y hay algunos intentos de reconstrucciones históricas que se mezclan al primer soplo romántico en obras como "Tabaré" de Zorrilla de San Martín, "Caramurú y Celiar" de Magariños Cervantes.

Va formándose también la poesía popular, que se expresa en romance, y algunas veces, en décimas y redondillas.

Como una reminiscencia de los antiguos torneos, se cultiva en el Sur "la payada", especie de justa lírica de donde ha de nacer la poesía gauchesca, forma típica que culmina en Argentina con Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo y José Hernández.

Ascasubi es el tipo del bardo popular; su verificación es fácil y expresiva, llena de imágenes que cautivan. Sus poemas, acompañados de guitarra, se cantaban en las veladas de la pampa infinita. Eran largas tiradas de versos que narraban con menudos detalles, las vidas casi heroicas de "Santos Vega", "Aniceto el Gallo" o "Paulino el Lucero".

Del Campo no alcanzaría gran renombre con sus versos si no hubiese escrito "Fausto", poema gauchesco de humorismo sencillo, lenguaje vivo y elegante, de gracia fresca y justeza de imágenes.

Esta serie singular encuentra su máxima expresión en José Hernández, poeta vernáculo que en "Martín Fierro" alcanza aspectos de epopeya no igualados en la poesía de América. El lenguaje está lleno de vocablos y modismos que dan el sabor de la poesía gauchesca. Vibra en sus versos el alma forjada por la pampa, penetrada de su soledad, avezada a sus peligros, fortificada en su ruda grandeza. Es el intento mejor logrado de expresión casi plástica, en que un personaje netamente americano habla su propio

idioma, el que expresa su vida y su ambiente; en él cuaja, de manera admirable el esfuerzo ya otras veces iniciado, de dar a motivos peculiares de estas tierras, el interés y brillo que merecen.

Y allá en las Antillas, donde primero se hincó la huella conquistadora, resuena al mediar el siglo el verbo cálido, arrebatador, dominante, de Martí. Cuba su bella cuna, sufría aún el yugo ibero; José Martí, poeta caudillo, luchó incansable por darle libertad. Escribió menos versos que prosas, bella muestra de su fina sensibilidad, de su elegancia espiritual, pero es la prosa la que mejor revela su alma y lo hace perdurar. Con una preocupación idealista siempre, sus cartas, discursos y artículos periodísticos tienen forma cuidada, vigorosa, de aciertos trascendentales; prosa sinfónica como orquesta wagneriana, que levanta multitudes y movía pueblos a su guisa.

Hacia la mitad del siglo XIX la turbulencia de la lucha ha cedido y el fuego de la hoguera sagrada, tras de acrisolar vidas e ideales, brilla con nuevo esplendor sobre las tierras recién nacidas a la libertad. La misma brega, nutrida en la ideología del mundo europeo, era ya la más viva manifestación del ideal romántico que habíase infiltrado paso a paso en el alma americana, pues si las letras no son aún propiamente románticas sí lo es el soplo gigantesco que mueve las vidas, crea héroes y despierta grandezas en las tierras indo-ibéricas. Empieza a favor del sosiego forzado que sigue a una lucha tenaz, a desbordar el lirismo incontenible que parece, más que manifestación artística, el respiro, la vibración espiritual más genuina del alma que se ha desenvuelto en este ambiente de suprema riqueza y hermosura embriagadora. Son cien lirios distantes que no llegan a acordarse en el espacio, sino en un momento mismo, las que dicen el arrebatado idealismo naciente, la pasión egoítrica que crece y el infinito anhelo de belleza que cree haber encontrado su expresión perfecta. Y si la nueva forma ha surcado los mares para llegar acá, qué mucho que los ojos se vuelvan a la cuna distante y traten de leer en ajenos idiomas?

Aparecen los traductores y en poesía se imita a Espronceda, Zorrilla y Musset. En novela, es clara la influencia de Chateaubriand y Lamartine. El me-

colombiano
jor ejemplo es "María" del ~~venezolano~~ J. Isaacs, (1837-1895), que a pesar de sus defectos conserva aún su gracia fresca y limpia.

Las jóvenes repúblicas sufren por esa época la tiranía del poder que sucede inevitablemente a los períodos de lucha y despierta la rebeldía fecunda en polemistas de cultura enciclopédica.

La llamada "tiranía de Rosas", en la Argentina, revela a Domingo Faustino Sarmiento, espíritu tumultuoso formado en la propia experiencia que lanza vigorosos anatemas al tirano. Es un americanista convencido; llega hasta a atacar la cultura clásica de Bello y a Alberdi en las famosas "Ciento y una", epístolas de mérito muy superior a "Facundo". Mayor disciplina hay en Alberdi, su opositor, y una nobleza elevada, templada en la adversidad. Argentina le debe una obra de mérito: las "Bases para la Constitución Nacional".

El modernismo, nacido en América con Darío, señala al Arte caminos por completo distintos que pronto se verán cubiertos de una espléndida floración donde brilla el matiz de la mágica tierra que la nutre, en cuya savia, un aliento genial mezcló la esencia múltiple de formas que antes fueron diversas. En ella se funden Romanticismo, Parnasianismo, Simbolismo y le dan "el pesimismo, el refinamiento verbal, la exaltación de la sensibilidad y el culto de lo Bello", que según Blanco Fombona son sus características.

De la nueva "Pléyade", son heraldos de fina voz y exaltada delicadeza, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Martí, y el colombiano José Asunción Silva. Aunque alejados en el espacio, ellos dirán el acorde inicial, vibrante y cálido que despertará un eco prolongado hasta otro siglo. Gutiérrez Nájera renovó la prosa despojándola de los largos períodos que en la época romántica llegaron a ser un escollo; con nuevos giros, frases breves, y hasta galicismos aceptables le dió gracia ligera, tersura y brillo juvenil.

Bajo el cielo de Cuba abrieron dos distintos anhelos de belleza. José Martí, el que enriqueciera de música la prosa, dándole matiz, vibración y arrebatador encanto; y el alma enfermiza de Julián del Casal, de turbadora melancolía. Sus versos destilan el has-

tío, la sombría inquietud que trasluce el mal banderairiano, a pesar de su fervor por musas españolas. Musset y Gautier, Banville y Copée le dieron su matiz sentimental, burlesco, de gracia penetrante, flor exquisita aunque morbosa, de una vida torturada que orienta la nueva aspiración con el acento doliente de sus versos.

Una angustia gemela, una voz transida por igual vibración, es la que dice en Colombia los "Nocturnos" turbadores. José A. Silva, poeta de la más fina inspiración que sólo encuentra semejante en su exquisito recato en el pudor desdeñoso con que aísla su canto del vulgo incomprensivo, dejando adivinar sólo destellos del tesoro en que trocó su amargura.

A Silva se le deben ritmos nuevos en poesía, hallazgos de métrica, y más que todo esa vibrante inquietud que caracteriza la escuela modernista.

Con él se extiende hacia el Sur, la corriente que va a culminar y a fijarse con Darío, el genio poético más grande de América. Sus principios tuvieron que estar tocados del romanticismo que impregnaba tono el arte; busca después la sombra del Parnaso y se acoge a los signos poderosos de Gautier, Flaubert y Hugo. Su mérito no se afirma, sin embargo, hasta que medió la crítica opositorista ("Poesías Profanas"). Verlaine lo envuelve en el hechizo de la Francia Versallesca y las potencias múltiples que lleva en su alma, esplenden en el más deslumbrante florecer, atraviesan el Océano y llevan a Europa, con el grito juvenil del mundo nuevo, un venero inagotable de renovación estética. El verso adquiere formas inusitadas (el alejandrino cambia de acento, los versos impares entran en uso, las rimas se forman con palabras truncas); el lenguaje se enriquece con arcaísmos y neologismos; introduce galicismos de insustituible belleza, y sin tomar motivos de América, logra dar a su obra el perfume virgen de las selvas, el aliento vigoroso de las jóvenes razas y el brillo esplendoroso de los cielos americanos.

Para Uruguay, el iniciador de esta escuela fue Julio Herrera Reissig. Influido por Verlaine Laforgue y Lautreamont, lleva su afán renovador hasta límites peligrosos; se salva, sin embargo, por la belleza de sus imágenes y su firme personalidad. La influen-

cia no llega pura hasta el Perú. El mejor lírico, José Santos Chocano, es aún épico y romántico; su egología, disfrazada de americanismo, lo lleva a decirse el único poeta de estas tierras. No puede, sin embargo, escapar a la sombra de Hugo y Heredia. Su inspiración grandiosa, parece embriagada de selva tropical, y en sus estrofas, que exaltan la grandeza incaica, arde también el amor a la España materna. En regiones apartadas permanece el neoclasicismo depurado: ejemplo, Guillermo Valencia, espíritu altivo y desdenoso de la gloria.

La margen del Plata encuentra en Leopoldo Lugones (1875) su máximo paladín. Aparte la fecha en que vive, es difícil clasificarlo por las múltiples facetas de su ingenio. De cultura enciclopédica, de perenne inquietud filosófica y poética, cada obra suya señala un nuevo rumbo, en que lo único permanente es la fuerza, la curiosidad latente, el ingenio vibrante. Su gusto por la retórica y su lirismo artificioso, dan la razón al que ha dicho que es "demasiado inteligente para ser poeta".

-La sinfonía modernista quedaría incompleta sin el acento estremecido del alma femenina; su aportación lírica es, tal vez, intrascendente, para la evolución de la escuela; sin embargo, las mujeres expresan esa desvaída inquietud, ese doroso anhelo de comprensión que tortura su espíritu más hondamente que el del hombre. Su voz, transida de pasión, da la nota sentimental que faltara donde sólo había abundancia, brillo y riqueza. (X).

(X). Son ellas las únicas que cantan la alegría sana o salvaje del amor, la ternura, la pasión, con un ardor extraño y una sinceridad turbadora.

Acaso el primer lugar corresponde a la chilena Lucila Godoy; mejor conocida por su seudónimo. Gabriela Mistral posee una fuerza casi masculina en su obra, forjada con humano dolor sobre un pensamiento humano: la elevación del corazón al espíritu.

Casi toda su obra es poesía; la prosa se encuentra lamentablemente dispersa; tiene atisbos filosóficos que serán valiosos para la juventud americana. Gertrudis Gómez de Avellaneda representa en Cuba.



valor y en comarcas rioplatenses. Eugenia de Vaz Ferreira, Delmira Agustini y Alfonsina Storni, el alma ingenuamente femenina que llora dulcemente su soledad y acepta sin rencor su condición desválida, su fragilidad y su aislamiento.

De la otra margen del Plata se levanta la canción agreste de "Juana de América", vehemente amor salvaje, desnuda gracia campesina en cuya expresión triunfan las sensaciones menos intelectuales: (el tacto, el olfato).

Falta ahora esbozar el cuadro de la prosa, menos nutrido sin duda, que el poético, pero enriquecido de valores indiscutibles, algunos de los cuales han traspuesto ya fronteras de espacio y de lenguaje.

El siglo XIX, conmovido por las mayores agitaciones, reflejó su inquietud en el pensamiento del mundo que nacía en la libertad: surgieron los pensadores, los sociólogos, los filósofos, de elevada visión espiritual que trataron de orientar la conciencia pública. Ellos son, los ya citados Sarmiento, Alberdi, Echeverría, y ya más adelante, José Enrique Rodó, el maestro de las juventudes americanas. el prosista cincelador que no derrocha su caudal y lo convierte en onda límpida para la sed del viajero temprano.

Labor trascendente es también la de los lingüistas, para conservar la pureza castellana.

Aparte del ya citado Bello, son ellos, Rufino José Cuervo (1824-1911), Federico Baralt y Miguel Antonio Caro (1843-1909)

Hasta aquí, la creación literaria estuvo orientada casi totalmente, por el recio aliento español o la gravedad filosófica que venía de lejos; muy contadas ocasiones la musa vistió ropaje indígena, y más contadas todavía, la gracia alada del motivo dió existencia por sí sola, a la prosa. El cuento no se cultiva hasta que la relativa paz lleva al espíritu por caminos propicios a la creación puramente artística.

Los ojos se vuelven entonces a los propios venenos, y la rica cultura clásica, aclimatada en estos suelos florece en relatos costumbristas, novelas cortas y cuentos de fina inspiración. No todos son aciertos, claro, pero el género va ganando firmeza con la novedad de los asuntos y la fina sensibilidad indo-americana. Las influencias más claras se deben a Jules Re-

nard, y Anatole France, Kipling, Gorki, Henri, Heine y V. Hugo.

La riqueza fabulosa del Perú, que atrajera la ambición española transformada más tarde en tradición, encuentra su cronista en R. Palma (1835-1916)

Es poeta y prosista; sus "Tradiciones" narradas con ameno estilo, llenas de gracia amable y minuciosa pulcritud, encantan con el sabor ingenuo de la vida colonial y mezclan la ironía de Haine a la suave elocuencia en que se complacen nuestros abuelos.

Una vez, entre los precursores, corresponde el mejor sitio a Javier de Viana que buscó inspiración en tipos gauchos y los presenta sin ficción ni alíño, pero llenos de fuerza viviente.

En Venezuela, país de rica tradición y exuberancia natural, el gusto estético tiene una firme base cultural, en que el resabio romántico es todavía visible.

Miguel Eduardo Pardo escribe novelas llenas de imágenes, casi en tono de poemas en prosa. "Todo un pueblo", y "Villa Saba" son obras valiosas por su colorido.

Con rara perfección de forma, Pedro César Dominici escribe, además de versos, una novela sobre temas propios: "Cóndor",

Entre los más recientes, está Luis Urbaneja Achepol, que en la atmósfera de su llanura natal encuentra apasionantes temas, y en sus dotes de imaginación y sentido musical del lenguaje, aciertos de considerable valor.

"En este país..." opone la hidalguía castellana y su decoro immaculado, a la grosera llaneza de la raza que sube, por su riqueza.

En el linde de la llanura venezolana, la selva tenebrosa, la corriente voraz de los ríos gigantes, engendra muy distintos aspectos en el relato novelesco. Allí nació "María", la primera novela americana. En nuestros días, de allí han brotado "La Vorágine" y las páginas suaves de Teresa de la Parra.

La recia cordillera andina, encerrando a Chile entre sus cumbres y el vasto océano, separa en el sur un pueblo de marinos y mineros que, templados en tan duros trabajos, tienen el alma sobria, altiva y austera. Estas huellas se perciben en Eduardo Barríos, de base clásica y romántica. Se complace en las

situaciones fuertes, que llegan a lo patético, y otras veces, relata la turbación de ciertas almas con medias tintas admirables "Las páginas de un pobre diablo" y "El niño que enloqueció de amor" revelan, además, un fino don de análisis. También el camino del teatro le reservó un acierto en "Vivir" Su obra mejor es "El hermano asno"

Augusto d'Halmar, un talento severo y desdeñoso, escribe con encanto penetrante; su estilo es refinado, el análisis profundo, de sensibilidad casi enfermiza. En sus asuntos "más próximos del sueño que de la vida", hay un elemento por completo nuevo: la inquietud nacida en el misterio, fundada en la complejidad del corazón que tanto ignora.

A adscrito de los Andes, la pampa vasta y misteriosa extiende su infinito horizonte, pleno de secretos fecundos. Uruguayos y Argentinos, viviendo cabe el eterno desierto, sintiendo palpitar a su lado la vida austera del gaucho, su indomable denuedo; su ingénita rectitud, sólo han necesitado alguna cultura y talento para producir obras casi perfectas, en que el éxito estaba casi asegurado por la apasionante belleza del asunto.

Carlos Reyles, nacido en Montevideo en 1870, influido por Zolá y Dostoiewsky, se revela escritor de aliento, un tanto sombrío en el análisis de la voluntad humana, enfermiza y trágica a la manera rusa. "La raza de Caín" pinta la raza de los malsanos atormentados, que esparcen a su alrededor el mal y la desgracia. Pero también sugiere la atmósfera americana en cuadros que trascienden el perfume salvaje de la pampa. (Beba. El extraño). De su estancia en Europa, es "El embrujo de Sevilla" obra que salva las fronteras por la vívida evocación del alma sensual y mística que aún tiene Sevilla.

Otro joven valor uruguayo, es Vicente A. Salaverri, de sólida cultura y manera original. Se inicia por el camino del teatro, y escribe también cuentos bajo la sombra de Valle Inclán. A pesar de sus éxitos con un descontento de sí mismo que dice su real valer se retiró a la pampa, a la vida en contacto con la tierra, y allí encuentra su inspiración y cumple lo mejor de su obra. Sus retratos de tipos gauchos son fieles, con vigor y sinceridad que revelan su gran amor



a la tierra propia. El estilo tiene una viveza y movimiento muy alejados de la indolencia americana. Entre sus mejores libros se cuentan "Este era un país" y "El hijo del león" pero hay también aciertos en "El corazón de María", "La vida humilde", "La mujer inmolada" y "La comedia de la vida".

En la otra ribera del Plata, el crítico encontrará un rico campo de fecundidad latente y múltiple; parece que la pampa, agreste inmensidad casi estéril, tuviese en sus entrañas inextinguible fuente lírica, derramada en cien corrientes vivas de diverso esplendor. Allí Enrique R. Larreta, con una sola obra, adquirió renombre en tierras de Europa, "La Gloria de D. Ramiro", de asunto y factura española, revela una sólida cultura hispana; es el producto de años de recogimiento, de labor y de ensueño y bien pudiera llamarse la mejor obra americana, si no fuese más bien, la obra española de un hombre nacido en América.

Allí Benito Lynch, da a sus cuadros de la pradera argentina expresión, carácter y cierto sentido cómico. (El inglés de los güesos. Los ranchos de la Florida). Allí, Manuel Gálvez encuentra la mejor expresión de los tipos de la ciudad americana. En su poesía se advierte la influencia de Verlaine y Haine y en novela, es Zola su genio tutelar; por eso es la suya obra de tesis socialista llena de piedad para el caído y el débil. Al fino análisis psicológico, añade la nota personal, cargada de emoción en sus novelas de los barrios del pecado, en que la manera deriva hacia los rusos (Gorki y Dostoiewsky).

Queda sólo por citar la figura de Ricardo Güiraldes, que muerto en hora temprana, arrebató para la Argentina una legítima esperanza de gloria. Su castiza apostura de gaucho, su mirada leal, su optimista sonrisa, no son vanos a'ardes de nacionalismo; es el hijo neto de la pampa; ella lo forjó, ella lo inspira, ella está en la sangre que lo nutre y en el aire que respira; por eso, cuando él toma la pluma, fluye sobre las páginas el aliento generoso de la tierra argentina y la vida entera de su raza.

"Raucha", su primera obra, tiene aún el perfume de lo recién vivido. El muchacho inexperto que parte hacia el país soñado; la despedida que—a pesar de su afán de alejarse—le turba en lo más íntimo; la vida

arreatada que lo arrastra en extrañas tierras, no son pura ficción de artista. Raucho ha vivido muy cerca del autor; él lo conoce y sus sentimientos son los mismos. Por eso al final, en un postrer arranque de su sana juventud, Raucho suspira por el gaucho, que en la patria lejana, sólo conoce la vida áspera y la serena altivez de las almas primitivas.

Güiraldes mismo era así: la más perfecta alma gaucha; fatalista y fiero; indómito y sereno, soñador y activo. Corrió inmensidades (pampa o mar), permaneció en urbes populosas o se encerró en la "estancia" bravía, sin dejar de ser nunca el hombre que ama la tierra con amor inmenso, que encuentra en ella su fortaleza y su vida.

Para cumplir su obra, busca ese ambiente a la vez apacible y grandioso, y deja allí su espíritu llenarse de infinito. Y es tan poderoso el imperio de su atracción, que alguna vez, a punto de partir hacia el magnético París, ya puesto el pie en la escala, de improviso, vuelve la espalda al barco, al mar, a Europa y vuela hacia la tierra para escuchar su canto irresistible.

Al amigo lejano le hace su confesión: "Me parece que hay tanto que decir en este país, que me desespera no ser hombre orquesta, capaz de desentrañar el aspecto poético, filosófico, musical y pictórico de una raza inexpresada. En Europa el problema está en ver las cosas bajo el prisma de un temperamento interesante. Muchos se turturan en buscar una forma de arte novedosa. Aquí todo el secreto estaría en apartarse de normas ajenas y dejar que los sujetos mismos fueran creando en uno la forma adecuada de expresarlos", confesión entera y justa donde expresa toda su estética, sus fundamentos en la realidad, las fuentes vivas de su inspiración.

Mas a las veces, la perspectiva es tan amplia que el ojo humano se extravía, no llega a percibir puntos fijos, y el desaliento parece adueñarse de su alma inquieta: "Los horizontes que se abren a cada paso, harán que siempre esté como un pobre empampado, buscando el rumbo con la ilusión de verlo en todas direcciones". Y al final, con modestia excesiva, se conforma con ser sólo un faro para los otros: "Si sirve de guía, ya no será tan inútil mi inquietud". Y no lo fue, que

el alma gaucha, vibrante en las páginas de sus libros, atravesando límites y salvando vanas fronteras, debe haber despertado el látido fraternal que en sendos rincones de la América diera vida a obras dignas de la raza.

II

Eu su libro mejor, "D. Segundo Sombra", la trama es hilo sutil que al devanarse teje una malla al más recio lector.

Un muchacho de origen oscuro, que él mismo desconoce hasta el fin, siente sin embargo su desamparo cuando se oye llamar "gaucho", mas no se duele de él, acaso porque no tiene idea de otra vida mejor. El hombre que lo mira con aire protector y que sólo aparece como su padre cuando más ha de dolerle tenerlo, trata de criarlo bien, a su manera, en una situación no muy clara ni grata al pobrecillo. Se hace vagabundo, callejero atisbando siempre algo insólito que atraiga su atención y despierte su entusiasmo. Un día, en la pulpería que frecuenta, aparece un ser enigmático que le inspira admiración súbita con su gesto de perdón desdeñoso a una ofensa inmotivada. Don Segundo Sombra le llama, y cuando su mano le agradece en un apretón el aviso de peligro, siente que su vida se liga de manera irrevocable a la existencia errante del viejo gaucho.

Esa misma noche—tenía catorce años—deja la casa de las tías que sólo se acuerdan de él para castigarlo y se encamina a la estancia donde cree tener un amigo, a esperar a Don Segundo. Por primera vez allí asiste al ejercicio viril y recio de la doma en que el prestigio del resero se afirma en el peligro.

Poco después emprende la marcha interminable del pampero, el duro oficio de la "tropa" que corre de aquí a allá, llevando por la inmensa extensión un afán de aventura y una indomable voluntad de hacerse fuerte en su vida libre, casi exenta de necesidades. Y no es liviano el aprendizaje que le espera. Tras las duras fatigas de caminar sin tregua, con buen o mal tiempo, azuzando las bestias, llevándolas por donde se debe, buscando pastizales y agujajes, había que aprender a "carmear, enlazar, pialar, domar, correr como la gente en el rodeo, hacer riendas, bozales, cabestros, lonjear, sacar tientos, echar botones, esquilas, tular, bolear, curar el mal del vaso, el aba, los hormi-

gueros, y qué sé yo cuántas cosas más". El ánimo del gaucho novel vacila por momentos, más la sombra tranquilizadora de D. Segundo aparece a su lado y será siempre su estímulo y su norma.

Así pasaron juntos cinco años, "cinco años de esos que hacen de un chico un gaucho, cuando se ha tenido la suerte de vivirlos al lado de un hombre como el que yo llamaba mi padrino". Con él aprendió, además del arte complicado del resero, "la resistencia y la entereza en la lucha, el fatalismo en aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante las aventuras sentimentales, la desconfianza para con las mujeres y la bebida, la prudencia entre los forasteros, la fe en los amigos". Y como el gaucho no está completo sin la expresión genuina de su espíritu, hubo también el aprendizaje de tomar la guitarra, improvisar foreos y acompañar coplas y gatos.

Así los llevó la vida de reseros, errantes, sobrios y estoicos, aún ante los mayores peligros. Su desbordante pujanza le hizo acometer los más duros trances, cabalgar un potro bruto, vencer un toro salvaje y salir malherido de la lucha, aguantando sin quejas ni alardes toda suerte de torturas. Sólo al separarse de D. Segundo flaqueó un punto su ánimo viril: entonces, la pampa le pareció inmensa y sintió que "nunca había hecho tan noche sobre él". Sólo entonces, la injusticia de la vida le trae a los labios palabras amargas: "Miseria es eso andar con el corazón zozobrando en el pecho y la memoria extraviada en un pozo de tristeza pensando en la injusticia del destino, como si éste debiera ocuparse de los caprichos de cada uno". Mas al mismo instante la voz dura del padrino gritaba en lo hondo de su orgullo: "Hacete duro, muchacho", y otra vez se erguía mirando de frente, hacia arriba, donde "había tantas estrellas que se le caían en los ojos, como lágrimas que debiera llorar para adentro".

Y de todos los reveses de amor y de fortuna, queda al cabo el deseo imperioso de libertad, el amor a la soledad, la tranquila indiferencia del gaucho. Aunque a veces, en el fondo, un vislumbre de dolor le turbase, por su condición de paria, sin familia ni hogar, el apoyo firme del padrino, su voluntad que no conoce flaqueza, son irresistible estímulo a su estoicismo, cri-

sol donde se afirma su entereza, viviente ejemplo de cordura. Con su compañía, con su vida en común por todos los pagos, la admiración oscura del muchacho que arrastró a su destino de resero "como un abrojo prendido en su chiripá", se trocó pronto en hondo afecto sin palabras, lleno de nobleza y gratitud. Así, desprecia una posición segura cuando ella ha de alejarlo de su padrino; así, lleva sin quejas inútiles la vida errante de la pampa, donde a cada momento es necesaria una gran medida de fe, que hay que sacar de adentro, "cueste lo que cueste, porque la pampa es un callejón sin salida para el flojo". Suerte para él que allí va siempre a su lado la buena sombra, que ha de sacarlo de todo apuro, y que le enseña a mirar los más crueles percances con una indiferencia absoluta, que sólo le merece a veces la ironía de un comentario.

Y cuando al fin, vencida toda flaqueza, sintiéndose se feliz en la existencia pampeana, se siente el ánimo tranquilo y esforzado el cuerpo, un buen día le cae del cielo la noticia más inesperada y menos deseable: Es un rico heredero, aunque sea el hijo oscuro, lo que los ricos llaman "la deshonra de una familia". Entonces, su orgullo de hombre libre, la conciencia de su propio valer, se encrespan, y en el primer choque rudo del gaucho que todavía siente ser, con el hombre rico que mañana será, el pensamiento hiriente de desprecio mancharía la memoria del padre, si la voz quijotesca del padrino no atajase en sus labios el rencor. La sangre impetuosa se le alborota aún, cuando siente trocarse en respetuosa distancia la cordial camaradería que hasta ahora fuera su ambiente propio. Entonces, del tumulto de pasiones, desborda el único afecto profundo de su vida de "gaucho" y responde: "Stá bien, Tata", llamando así por vez primera al sér que lo ha forjado, templando su carácter, haciéndole resistente a toda fatiga y conservando en el fondo aquella delicadeza que le hacía envidiar todavía la impasible serenidad de D. Segundo: "¡Quién fuera él! Yo sufría por todo, como agua sensible al declive, al viento, al sol y a la hojita del sauce llorón que le tajea el lomo. Y también tenía mis mojarras en la cabeza, que a veces caracoleaban haciéndome sonar la orillita del a'ma".

Y esa emotividad brotará herida, incontenible, cuando la suerte le ofrezca dejar, por un montón de

plata, su vida de pampero, la leal compañía del gaucho, le errabundo vivir sin trabas hipócritas ni absurdos convencionalismos. En su claro lenguaje paisano expresa su desdén por los bienes de fortuna que atan la voluntad y entorpecen la acción. El prefiere morir en la ley en que ha vivido—pareciéndole que “gaucho” y gaucho son la misma cosa—porque entendía que ambas cosas significaban “ser hijo de Dios, del campo y de uno mismo”—, aunque los pájaros salvajes le pelen los huesos pues “no tiene condición de víbora p’andar mudando pelechos ni mejorando el traje”, “algo así como cambiar el destino de una nube por el de un árbol, esclavo de la raíz prendida a unos metros de la tierra”.

Pero aún en el duro momento, todavía D. Segundo sabe calmar su rebeldía, hacerle sumiso al destino conservando el altivo señorío del espíritu y empezar con ánimo entero la existencia para la cual se sentía tan torpe.

Los recuerdos se le alborotan entonces: revive su pasado que antes no tuvo tiempo de mirar ante la urgencia inaplazable del minuto, porque en ello le iban la vida y el éxito; hace su balance moral y encuentra insignificantes percances en el debe y un firme carácter, capaz de toda empresa, en el haber. La codicia no le enciende un momento los ojos: sabe que nunca, en su pobreza, se sintió pobre, como no se siente el beduino en el desierto. Y mirando correr el agua en que abrevó su caballo, resume, serenamente, sus cinco años de existencia cabal, bajo el cielo ardoroso o fresco.

Al fin, la promesa de compañía que su padrino le empeña, afirma su decisión. En la estancia el primer amigo de su nueva vida, que lleva en su cuerpo de gaucho un alma inquieta y fogosa, le contagia el deseo de saber, que poco a poco transforma su rudeza mental, sin hacerle perder el amor a la existencia rústica.

Tres años pudo el padrino acompañarlo y luego, recordando que “llegar no es para el resero, más que un pretexto de partir”, ensilla el caballo, y frente a la lejanía que su galope va a reducir, se separan con una sonrisa en que late el destino. Un rato lo mira alejarse; la recia silueta parece vibrar de alegría por el camino que se pierde en el crepúsculo y, con su postrer destello, se borra en la sombra el Quijote de la Pampa.

El ahijado vuelve hacia las casas "como quien se desangra", y el lector siente que no muy fácilmente volverá a vivir con un alma tan libre, tan entera, tan recia.

El encanto del lenguaje también le ganó el oído: noble; abunda en metáforas brillantes, en imágenes que engañan la retina por su claridad. Los modismos y locuciones populares, engarzados con la trama sutil de una sintáxis renovada, son la sal del relato, realzan su verismo y pintan a maravilla el medio social, expresando la sana filosofía del hombre que vive en la pampa.

Tipo de trazo firmísimo y recia contextura, es el de D. Segundo, alma libérrima, no acostumbrado al menor yugo. La inquietud errante lo lleva de aquí a allá siempre dispuesto a partir más lejos y a vencer cualquier peligro; no puede permanecer en parte alguna "porque en seguida está queriendo mandar más que los patrones". Tiene en sí mismo una fé completa que le ayuda en todo trance; un ingenio vivo como defensa contra toda malevolencia; una sumisión al destino que ha de librarlo de todo dolor. Con gesto festivo coge al guarda que trata de aprehenderlo y le hace perder la paciencia con su porfiado desdén: "Espéreme un momento—le dice—que cuantito el patrón me despache vi a atenderlo". Con toda parsimonia arregla sus compras y cuando, el cabo, impaciente le amenaza con usar de la fuerza, se burla aún de su cuerpo enclenque, pasando de la ironía al sarcasmo.

El descanso y la diversión lo encuentran siempre dispuesto; lo mismo regocijan el rodeo, los juegos o riñas de gallos que el baile, la feria o las carreras y tanto sabe de mañas para el arreo de bestias chúcaras como tejer floreos en la guitarra, improvisar un gato y suspender la atención con largos relatos de hechizos o maleficios que llevan, como flor pura del pueblo, un gran fondo de filosofía y simbolismo. De la admiración profunda que su figura despertaba en el paisaje, no abusó nunca. Sabía retirarse a tiempo y si buscaba el efecto y una cierta espectación con sus palabras, cuando la admiración le parecía excesiva tenía el tino de derivarla hacia otro punto perdiéndose él otra vez en lo anónimo.

Los demás gauchos que pasan incidentalmente por escenario, agregan rasgos valiosos para la comprensión de su carácter, hecho de entereza, hombría de bien, desprecio de la vida y la riqueza; estoicismo ante el dolor; fatalismo ante la fuerza ciega del mal; crueldad inconsciente que a veces se torna compasión para el débil; lealtad inquebrantable y un ingenio siempre dispuesto a aligerar la vida con su chispazo de optimismo.

El paisaje está sentido y comprendido: Güiraldes lo amó como gaucho y lo pintó como artista. No es un telón de fondo sobre el cual se muevan los personajes de una manera falsa y desarticulada; la naturaleza en su expresión más ruda crea la fuerza misma que ha de domarla. Como la áspera meseta de Castilla, la pampa forja sus espíritus, también impregnados de un latente misticismo, también vencedores de sí mismos, y por ello, invencibles. Acaso Don Segundo Sombra es el más fiel reflejo de Caballero Andante y la bestia en que traspone el horizonte que lo arrebató a nuestros ojos, el Rocinante que lo conduce a lo perdurable.

El gaucho es el producto de ese medio, sus movimientos parecen determinados por él, y la naturaleza vibra en su alegría o en su dolor: "Una luz fresca chorreaba, de oro el campo. En derredor, los pastizales renacían en silencio, chispeantes de rocío ¡y me reí de inmenso contento, me reí de libertad, mientras mis ojos se llenaban de cristales como si también ellos se renovaran en el sereno matinal! "En su bestia incansable camina" oyendo los primeros cantos del día, empapándose de optimismo en aquella madrugada que parecía crear la rampa venciendo la noche. "También la lluvia que dificulta la marcha de la hacienda y entumece los miembros está allí, ayudando o estorbando los afanes del resero, cayendo siempre como bendición para el suelo. "La tierra se había puesto a despedir perfumes intensamente. El pasto y los cardos esperaban con pasión segura. El campo entero escuchaba. Pronto, un nuevo crepitar de gotas alzó al ras del callejón una sutil polvareda. Parecía que nuestro camino se hubiese iluminado de un tenue resplandor. La lluvia se precipitó, interceptándonos el horizonte, los campos y hasta las cosas más cercanas".

Los gauchos conocen el cielo como el mejor pastor: lo interrogan en sus largas caminatas y recogen en sus luces indicaciones preciosas. "En el cielo, las primeras claridades empezaban a alejar la noche y las estrellas se caían para el lado de otros mundos".

Y el mar, vasto y extraño, apenas asoma cuando el gaucho ha recorrido la pampa entera y se acerca un poco a su límite.

III

Un paisaje distinto, una naturaleza diferente y una raza de atavismo diversos se funden en las páginas de otra gran obra americana: Doña Bárbara, de Rómulo Gallegos, cuyos valores trataré de expresar.

La llanura venezolana, vasta región cruzada por mil ríos de corriente impetuosa o mansa, que desbordan amenazantes con las tormentas invernales, dan a la sabana, entre los peligros de sus bestias temibles, de sus remansos pantanosos y sus rápidas crecidas, el camino inseguro entre los pueblos ribereños. La riqueza mayor de la región, el ganado vacuno, se reúne en "hatos" de manera arbitraria, casi bárbara: los cultivos son nulos porque el hombre llanero, rutinario y sobrio, se conforma con poseer un buen caballo,—eso sí, bien aperado y mejor domado—; fuera de eso, sus necesidades se reducen al "chinchorro"—que hasta de un árbol puede colgarse—y el alimento frugal, —carne asada, pan de yuca o topochos—, sin más regalo al pa' adar que la infusión de café y la mascada de tabaco.

En uno de esos hatos primitivos, sin otros límites que los ríos Arauca y Apure —tributarios del Orinoco—, se estableció en siglos pasados el criollo D. Evaristo Luzardo, de ímpetu conquistador y sangra alborotada. En sus manos, el hato se enriqueció, el ganado aumenta y la prosperidad se establece en aquellas tierras que pronto van a desmembrarse encendiendo terrible discordia entre sus hijos. La inmensa propiedad, dividida no muy precisamente, queda en manos de sus dos hijos, cuyos descendientes continúan una guerra sorda, encarnizada y trágica. Mueren unos a manos de otros, hasta siendo padre e hijo, y el último descendiente de una parte, Santos Luzardo, salvaguardado por el amor materno, se educa en Caracas has-

ta graduarse como doctor en leyes. Cuando esto sucede, ha perdido ya el amor a la tierra, que en los primeros tiempos de ciudad tanto le atormentara, y piensa en un viaje a Europa como único remedio al hastío de su vida inútil. Una circunstancia cualquiera cambia su propósito. Allá en el Llano, donde siempre ha existido un cacique, —sus antepasados mismos lo fueron— campea ahora extraña personalidad: una mujer, que con insaciable codicia y temeraria osadía, va apoderándose, en la sabana, del patrimonio de Santos. Tiene fama de bruja y se dice que le asisten poderes sobrenaturales; lo cierto es que una serie de coincidencias fatales y el temor supersticioso de la gente del campo, acrecientan la leyenda siniestra de sus hechas y le dan torvo prestigio de invencible marimacho. Luzardo siente entonces que la sangre bravía de los antepasados le llama a la lucha, y se decide a ella, llevando con su exaltado impulso de brega, los ideales fecundos del civilizado.

Llegado al hato, entre los viejos servidores fieles, encuentra al que fue su compañero en las empresas infantiles; el mayordomo actual, convertido en aliado de Doña Bárbara por razones materiales, no ha de presentarse sino más tarde, con propósitos malévolos.

El odio familiar, que aún late entre los peones fieles, y el deseo de vencer al enemigo que tanto le ponderan, acaban con sus vacilaciones y de lleno se trega a la tarea que se ha impuesto: vencer a Doña Bárbara, arrebatándole lo que ella ha robado a Altamira, su hato; humanizar la vida del llanero y cambiar las costumbres primitivas y bárbaras. En su empresa van a ayudarle, además del ardor de su sangre y la adhesión admirativa de sus peones, ciertas coincidencias supersticiosas, que afirman la fe de aquellas gentes sencillas en lo sobrenatural,—ahora de parte de Luzardo.

Mientras las empresas viriles se presentan, el alma de la llanura, bravía e indómita, se va apoderando del alma civilizada; la tierra ancha y libre, donde toda acción requiere “hombres machos”, los soles llaneros que requeman la piel y temp'an la voluntad, las noches de honda obscuridad que el reflejo lunar puebla de temerosas alucinaciones; las madrugadas magnífi-



cas del Trópico, van llenando su espíritu de serena confianza y fortaleza.

El ejercicio corporal violento, que requiere centauros indomables; la doma de bestias cimarronas, lo apasiona de nuevo, dándole motivos suficientes para emplear sus energías juveniles y su fiebre de actividad. Y lentamente, en el fondo del alma bravía, los ímpetus renacen, tal vez por la atracción del medio, la llanura, "fuerza irresistible que atrae con su imponente rudeza, ese exagerado sentimiento de hombría producido por el simple hecho de ir a caballo a través de la sabana inmensa", que iba a poner en peligro la obra de la ciudad, el empeño de sofocar las bárbaras tendencias latentes en él.

Y después, la lucha abierta contra la violencia, personificada en aquella Da. Bárbara, que ya había agotado la salud, la voluntad y el patrimonio de Lorenzo Barquero, el otro descendiente de D. Evaristo, convertido ahora, por las malas artes de la devoradora de hombre, en un guiñapo humano, más digno de conmiseración que de horror:

Su primer acto de independencia, fue el proyecto de una cerca que dividiese los hatos vecinos, impidiendo a su ganado ir a buscar los bebederos ajenos, donde solían quedarse. Esa cerca era también el primer paso en su tarea de civilizador, ya que cambiaba el modo de ser llanero. En efecto, cazar al lazo bestias salvajes o extraviadas, es el mayor placer del hombre que nació en el llano, aunque sepa que sus vecinos hacen lo mismo con las suyas, porque según la bárbara ley, la res es de quien la caza. La cerca significaba pues una limitación de este derecho, era la obra de una nueva ley que nadie quería reconocer.

Los pensamientos de Santos en el terreno del sueño idealista, se desbocaban por la llanura, igual que aquellos potros que no conocían la limitación de la rienda ni el dominio del freno.

Tuvo que enfrentarse con la fuerza de los hechos consumados, que era Da. Bárbara, y la del latrocinio tolerado, que era el extranjero Mister Danger que, explotando la embriaguez del último Barquero, se adueñó de las tierras de éste, imponiendo gravámenes y menoscabos a las tierras de Altamira.

Da. Bárbara maduró un plan artero para impedir

el deslinde de las tierras donde hasta entonces campara por sus respetos, tratando de que Santos se extralimitara, y valerse del engaño para meterle en un litigio que no había de resultar muy favorable a éste. La prudencia de Luzardo la obligó a declararle lucha abierta, negándose a dejar sacar su ganado de las tierras que a ella le pertenecían.

Queriendo llevar las cosas por el camino recto, Luzardo acude a la autoridad, mas allí encuentra que la justicia no es tal, y sus ministros son sólo aliados serviles de la misma arbitraria mujer. Pero no en vano Santos es tetrado y las argucias de jueces venales no valen contra la fuerza de su decisión, apoyada en el derecho que le asiste. Por lo pronto, la vaquería se realiza en terrenos del latifundio bien llamado "El Miedo".

La vaquería es arte y deporte del hombre llanero; consiste en azuzar el ganado cerril, acorrarlo y llevarlo al hato donde ha de comenzar la hierra. Mientras los peones de ambas propiedades se desgañitan en la empresa viril, "Santos Luzardo contemplaba el animado espectáculo con miradas enardecidas por las tufaradas de los recuerdos de la niñez, cuando al lado de su padre, compartía con los peones los peligros del levante. Sus nervios, que ya habían olvidado la bárbara emoción, volvían a experimentarla vibrando acordes con el estremecimiento de coraje con que hombres y bestias sacudían la llanura, y esta le parecía más ancha, más imponente y hermosa que nunca, porque dentro de sus dilatados términos iba el hombre dominando la bestia, y había sitio de sobra para muchos". Por fin, en un momento de peligro, la atracción del desierto, que ya se le metió muy hondo, lo empuja a la aventura y se juega la vida contra una fuerza bruta, encendiendo aún más viva la complacencia de su peonada y un oscuro sentimiento de admiración en la torva mujer que hasta entonces sólo sintió desprecio y odio por el hombre, de cualquiera condición que fué.

Entonces sucedió una cosa extraña; la dominante voluntad con que aniquilaba a los hombres que a ella se acercaban, se estrelló ante la frialdad desdeñosa del doctor, y "al verse desairada una y otra vez por aquél hombre que ni la temía ni la deseaba, sin-

tió, con la misma fuerza avasalladora de los ímpetus que siempre la habían lanzado al aniquilamiento del varón aborrecido, que quería pertenecerle, aunque tuviera que ser como le pertenecían a él las reses que llevaban grabadas a fuego en los costillares el hierro altamireño". Un momento, de manera confusa, se levantó en su conciencia el deseo de regeneración y la sombra del amor puro que estuvo a punto de ser suyo en su lejana adolescencia, la llenó de un sentimiento vago, en el que había anhelos de bien y hastío de violencias. Pero todo se pierde ante la imposible conquista, que tal vez esté ganada por otro lado y que enardece de nuevo el odio implacable y el rencor sombrío.

El conflicto que se levanta en su alma, se revela en la lucha del demonio familiar—que ella llama "socio"—, con su sombra y ese oscuro episodio nocturno, que no se sabe hasta qué punto es real o simbólico, pone una sombra tenebrosa en la frente ya vencida, que no volverá a abrigar un solo pensamiento de redención.

Con tintas oscuras también, aunque no de intención psicológica tan profunda, aparece el cuadro en que el Brujeador azuza a la bestia del hatájo del "Cabos Negros", hacia el corral del Miedo preparado para el caso. Una nueva coincidencia pone a Da. Bárbara más cavilosa y hosca.

En toda esta corriente de tragedias, impulsos violentos y afanes civilizadores —que no son sino otra forma de dominio—, una sombra, vaga al principio poco a poco más firme y luminosa, ha venido tejiendo el hilo del contraste: Marisela, la hija de la mujer feroz y el primo de Santos, a la que él encontró un día, casi hecha una bestia del monte y que desde, entonces lajo sus cuidados, se ha transformado en la niña ingenua, hacendosa, que que llena de alegría su casa y suaviza con sus cuidados la ruda vida del ható.

Entre tanto un nuevo suceso sangriento, atribuido fundadamente a Da. Bárbara, enardece otra vez a Santos: dos peones suyos, que llevaban a vender a gran precio la cosecha de plumas, mueren de manera violenta. Parte el doctor a la población, reclamando justicia, pero el arbitrario militar que la administra se muestra poco dispuesto a tomar en cuenta su acu-

sación y comprendiendo entonces que por caminos rectos nada ha de lograr, decide entregarse a la violencia para combatir con armas iguales a sus enemigos.

✓ Da. Bárbara, en tanto, averigua que el autor del asesinato y robo es su mayordomo y amante y como “ya no la impulsaba un capricho momentáneo sino una pasión vehemente como lo fueron siempre las suyas, pero en la cual no todo era sed de amor, sino también ansia de renovación, curiosidad de nuevas formas de vida, tendencias de una naturaleza vigorosa a realizar recónditas posibilidades postergadas”; como ya en sí misma había decidido “entregar sus obras”, renunciar a ellas y romper la nefasta cadena de sus atropellos; como en su alma obscura sentía que sólo podía librarse del mal con el mal, se propuso entregar a Luzardo, para su castigo, al odioso mayordomo y al “espaldero” Melquíades, su cómplice más tenebroso. Pero el hombre civilizado, que llegó a la llanura con un santo horror por la violencia, hecho otro ya por los obstáculos brutales y la fuerza del medio, fiero y sombrío, sólo piensa ya en que “en el Llano, el hombre debe saber lo que hace el hombre”, y el impulsivo que alentaba en él, antes que dejarse convertir en la víctima de la violencia que allí reinaba, va a aprovecharse de ella para fundar después sobre ella misma, la era del bienestar y la civilización. Llegó la hora en que el hombre tenía que mostrarse como tal; su primer paso es para sorprender y entregar a la justicia a aquellos malhechores refugiados al van a responder de sus crímenes bajo la mirada imp'acable del fiel “Pajarote”.

Mas he aquí, que las fuerzas brutales desencadenadas en la llanura, el bárbaro señorío de los caciques, el brazo armado del atropello—potencias que no perdonan al que se enfrenta con su barbarie y arrojan con fatídico impulso al que no se adapta a sus procedimientos—acaban por envolver en su torvo prestigio de hazaña sangrienta al que quiso convertirse en caudillo de la llanura por el camino blando de la rectitud y la nobleza. Santos se encuentra de pronto con esa aureola de “g'oria roja”, es decir de bravura armada que llevaba en el fondo de su sangre, sacado a flote por el temerario alarde de hombría que levan-

tó su brazo colérico contra el peón que iba a asesinarle.

Cuando, por un obscuro impulso, entrega su cadáver a Da. Bárbara, ella, con torpes palabras le hace sentir que ya lo arrastró a sus torvos designios y que por ese hecho sangriento queda agregado a la sombría gavilla, instrumento de sus crímenes. Toda la nobleza vencida, la fiereza de sus sentimientos encaminados por tortuosos senderos, se le revuelve en el pecho y, absorto en un brusco abatimiento, vuelve a la casa que ya le parece también sombría y odiosa, sin la luz de ternura que se llevó Marisela al huir. El alma virginal, despertada a una vida mejor por la mano bondadosa de aquel primo civilizado descubre un día un sentimiento nuevo que de pronto la deslumbra y la llena de alegría; mas la vida se encarga de recordarle su turbio origen y enfrentada con él, comprendiendo muchas cosas que la alejaban de Santos, decide poner una distancia material en donde había tantas otras. Allá vive ahora, cerca del tremedal que parece esperar al padre alucinado para tragarlo en su cieno; en aquel hosco palmar de donde la sacó la compasión del primo, y que ahora le parece desierto insoportable. Cuando por un impulso fortuito, acud e Santos a buscarla, el padre acaba de expirar. Fue inútil el generoso impulso de la hija para sacarlo de esas tierras, arrebatándolo a la ignominiosa tutela del extranjero que lo embrutecía para mejor dominarlo; hasta la humillación de pedir a la madre aborrecida los medios de alejarse, fue en vano. Ahora Marisela, que ya ha sentido brotar en su alma la fuente de Santos creyó cegada —la ternura—, llora un llanto desgarrador y sincero por su soledad que comprende y teme. Santos, con el ceño fruncido, cavilaba, sintiéndose próximo a caer, como Lorenzo Barquero, en las redes de “la devoradora de hombres”, que no era tanto Da. Bárbara, cuanto la tierra implacable, a tierra brava, con su soledad embrutecedora, tremedal donde se había encenegado aquél que fue orgullo de los Barqueros, y ya él también había empezado a hundirse en aquél otro tremedal de la barbarie, que no perdona a quienes se arrojan a ella”.

Y entonces, su obra verdadera, la obra de bondad que había emprendido y abandonado luego, en un mo-

mento de despecho, convertida en intuición y fe, le devuelve por boca de la pobre niña, la estimación de sí mismo, el esperanzado resplandor de verdad que le tornaba en el Luzardo bueno, el de las empresas nobles y los impulsos de generosidad no puramente idealista, sino convertida en acción humana, viva y profunda.

Mientras tanto, la mujer siniestra ha vuelto a vislumbrar en el fondo oscuro del pasado la región casi perdida de su alma donde las palabras de Asdrúbal hicieron germinar la esperanza de otra vida, muy diversa de la que la rodeó, desde la piragua que surcaba los ríos de la selva cauchera. Con delectación enteramente nueva, se entrega a los nacientes sentimientos, vislumbrando el amor del hombre que ha conmovido su alma de manera tan extraña, pero de pronto, su corazón se oscurece de nuevo, y el ave de sus sueños cae del deslumbramiento en que se mecía, como el pájaro lacustre que se caza al resplandor de hogueras extinguidas en un momento. Entonces, la atracción remota de las ondas que mecieron su infancia salvaje, el Orinoco, el Guainía, el atabapo y Río Negro, despierta en su alma como el único refugio que le resta: vagar por tierras bárbaras, entre la noche soñolienta o la brumosa tarde, escuchando el acompasado golpeteo de los palanqueros; surcar en una piragua las rojas o amarillas corrientes; mirar al paso la costa oscura del monte, el vuelo callado de las aves; perderse en su infinita red. . . . más allá, siempre más allá. . . .

Acogida a la última esperanza, va a ver a Luzardo, que con un gesto sólo decidirá su suerte. Llega de noche y desde afuera, mira su sombra, hablando sin cesar a Marisela que le escucha embelesada; un impulso siniestro arranca de su cintura el arma filicida, mas su ofuscación, mecida aún en pensamientos recientes, le presenta allí su propia imagen que en una playa, a la luz de una hoguera, escucha absorta las palabras de un hombre, —figura ya borrosa, pero viva en su emoción—; y entonces Santos, sueño tan lejano como aquel, se trocó en una “sombra que se ajeaba, desvaneciéndose en la luz incierta de un mundo irreal”. Y el doloroso recuerdo, vuelto desconocido sentimiento, le amansó la mano asesina.

La terrible amenaza de la llanura desapareció con ella, tragada acaso por el fatídico trueno, arrebatada tal vez por la atracción del paisaje fluvial, en un bongo nocturno, que algunos vieron pasar, silencio y trágico, Arauca abajo...

Santos Lúzarro, el señor civilizado que quiso llevar a la agreste existencia el bienestar complicado de las ciudades, la laboriosa evolución de la industria, la rectitud moral de los procedimientos, es la figura mejor lograda, que atrae y cautiva la atención con sus problemas profundamente humanos y raciales. El alma del hombre cultivado, de fina sensibilidad y maneras correctas, oculta sin embargo, los resabios violentos de un indomable impulsivismo, que ya había causado la ruina de sus familias, pero que él quiere subordinar a la razón y a la conquista de ideal.

Una vez en contacto con la tierra, aquella tierra bravía que lo atrae con su imponente grandeza, trata de conservar su interna delicadeza, sin abandonar a la rusticidad ambiente, y en la tarea de educar aquella niña salvaje, encuentra el motivo y la necesidad de finura que en él era ya intrínseca, y que su espíritu reclamaba en medio de la ruda existencia del llanero.

Sin embargo, es imposible sustraerse en absoluto al sello que la tierra imprime a los que se entregan a ella: un día, ante su propio pasmo, se sorprende hablando y razonando como uno de sus vaqueros. Y es que él, sin sentirlo, sin proponérselo, para empezar su obra civilizadora, ha debido tomar las cosas como estaban, adaptarse a ellas, y partir de lo que era, para llegar con firmeza a lo que debía ser. Pero pasa el tiempo y él no se decide a empezar; a cada momento tropieza con la rutina y la rusticidad; a cada paso se le van de la mente los propósitos y los planes; y todo queda allí, en el pensamiento, porque "el llano es un mollejón que embota el filo a la voluntad más templada". Se entrega entonces, ya sin ánimos, a la corriente mansa de la existencia primitiva, pensando, al fin que la llanura estaba bien así. "Era la barbarie; mas si para acabar con esta no basta la vida de un hombre, ¿a qué gastar la suya en combatirla?" Después de todo —se decía— la barbarie tiene sus en-



cantos, es algo hermoso que vale la pena vivirlo, es la plenitud del hombre rebelde a toda limitación.

De pronto, un acontecimiento imprevisto lo lanza por el camino que temiera. Sabe quien lo ha provocado, y aunque intenta por última vez que la justicia se cumpla, pronto se convence de que la única razón es la que la fuerza en aquellos desiertos salvajes.

La cólera vuelve a ganarle el alma y la lucha le apasiona de nuevo, queriendo oponer el atropello a la violencia, desprovisto ya de aquel sagrado horror por las acciones que pudieran poner en libertad su condición violenta y fiera. Una vez lanzado al peligroso declive, nada le detiene, y llega en su alarde imprudente a caer en la celada que lo convierte en asesino. Una súbita rebeldía, su orgullo de hombre civilizado, se levantan del fondo de su sangre, y luego cae su espíritu en hondo abatimiento, por el fracaso de su educación, de la disciplina de sus instintos lograda en su juventud, que derivados ahora hacia la fatal pendiente, le arrastran sin remedio en su torrente. Ya se siente vencido, perdida la obra de sí mismo, cuando la voz que él enseñó a cantar, abre un resquicio a la esperanza. Y vuelve a ser el hombre civilizado que tiene fe en sí mismo y en su obra.

Doña Bárbara, la mujer que olvidó su condición para convertirse en cacique temible, pasa por las páginas de la obra como la personificación misma de la tierra. Aún en su nombre hay intención simbólica y los trazos de su figura, las páginas que describen la torva confusión de sus sentimientos, revelan profunda penetración en las aberraciones del espíritu humano.

La historia de su extraña niñez y el salvaje final de su naciente idilio, dan la clave de toda su existencia. Aquel amor bueno, vislumbrado en los ojos de Asdrúbal, queda estratificado en su alma, y alguna vez emergerá fugazmente en su conciencia y sreará el que la salve al fin de la más negra iniquidad.

La violencia que representa tiene carácter muy hondo, porque en sí misma es una aberración, un engendro fatal de las fuerzas salvajes que señorean la lanura. Sin embargo, Callegos no se complace en hacer de ella un monstruo, y las tintas oscuras que pudieran parecer excesivas, se atemperan con el re-

éuerdo de aquel amor que pudo cambiar el curso de su existencia; a su conjuro, surgen claramente, las posibilidades de bondad extraviadas, y con ellas, se humaniza el alma convulsionada por las más crueles pasiones. El autor hace gala de su fina observación, en las páginas que cuentan el proceso, casi imperceptible, del amor de Marisela, aquel corazón salvaje y cerrado a la ternura. Con las hazañas de fiereza o valor, alternan capítulos llenos de gracia, en que la figura femenina pene el encanto peculiar de su presencia, la ingenuidad del amor puro, la dulce zozobra en que se mece un alma adolescente..

Otros tipos como el del fiel peón "Pajarote" y el funesto "Mister Danger", completan, con su firme trazo los personajes de primera fila, llevando al cuadro general de la vida llanera sus características propias; ingénita lealtad del nativo; torpe ambición del extranjero.

En una obra tan completa, tan bien acabada, el paisaje de la región luce por modo admirable. La musa agreste de Manuel José Othón parece haber inspirado los párrafos más vibrantes que pintan el paisaje llanero: "Avanza le rápido amanecer llanero. Comienza a moverse sobre la sábana la fresca brisa matinal, que huele a mastranto y a ganados. Empiezan a bajar las gallinas de las ramas del totumo y del merecure; el el talisayo insaciable les arrastra el manto de cro del ala ahuecada y una a una las hace esponjarse de amor. Silban las perdices entre los pastos. En el paloapique de la majada, una paraulata rompe su trino de plata. Pasan los voraces pericos en bulliciosas bandadas; más arriba, la algarabía de los bandos de güiriries, los rojos rosarios de las corocoras; más arriba todavía, las garzas blancas, serenas y silenciosas. Y abajo la salvaje algarabía de las aves que doran sus alas en la tierna luz del amanecer, sobre la ancha tierra por donde ya se dispersan los rebaños bravíos y galopan las yeguas cerriles saludando al día con el clarín del relincho, palpita con un ritmo amplio y poderoso la vida libre y recia de la llanura".

Aquí el tono descriptivo encuentra vibrantes acentos de verdad y fuerza, capaces de hacer sentir al alma más rehacia, el penetrante encanto de la existencia campesina y libre.

El incendio intencional de los llanos quemados por la canícula; el anuncio del invierno, prometedora de aguaceros vivificantes tras de las calmas sofocantes del verano; la transformación de la llanura, agostada bajo la reverberación solar, en una nueva sabana, floreciente de retoños, son páginas muy bien logradas, en que late el profundo amor a la tierra. En ellas asoma la intención, cumplida luego, de aprovechar los asuntos mismos de la naturaleza, para llevar al alma del lector la explicación clara, comprensible, de las pasiones que agitan los personajes. Así en el vívido relato de la caza del gaván se siente el deslumbramiento fatal de la "guaricha", que sólo levantó su vuelo esperanzado para sentir más negra la caída; así en "Candelas y retoños" palpita la racha de encontradas pasiones que arden en torno de Luzardo—el odio impotente, la pasión extraviada, el despechado amor—y que un día se apaciguan y parecen renacer bajo una luz interna; así en la angustiada muerte de la vaca, tragada por las fuerzas sombrías del tremedal, late la derrota atormentada de Da. Bárbara, hundida en el fango de sus obras, turbia charca de sangre que el reflejo fugaz de una estrella ennobleció a las veces.

Otro cuadro de apasionante belleza, fielmente copiada, es el de la vida llanera, forjada y sostenida por el mismo ambiente natural, por los mismos hombres que se crían en él. La ocupación dominante del llanero, tiene que ser la ganadería; los medios de aumentar la propiedad son, no obstante los tiempos que corren, bien primitivos, casi bárbaros; ellos son, al mismo tiempo, los deportes de aquellos campesinos: la caza y doma de rebaños salvajes; la reunión, a lazo, de cuantas cabezas de ganado han traspuesto los límites de vecinas propiedades; la hierra, el establecimiento de "quesera" donde se amasan y ordeñan las vacas salvajes; la "pica" o conducción de ganado hacia los pastizales y aguajes y también, domar potros salvajes, "esguazar" el ganado a través de los ríos y el más pelagroso quizá de estos viriles ejercicios: la caza del cocodrilo en los grandes ríos por procedimientos temerarios.

Con las lluvias de invierno que hacen del llano una sola laguna ancha y fangosa, vuelven las garzas, que en el verano huyeron hacia el sur y el monte se llena de granzidos y de plumas: es la muda, que pron-



to dejará las ciénegas cubiertas de su blanca y fina espuma. Desafiando mil peligros, —las calenturas, las rayas, los caimanes—, los llaneros, con el agua a la cintura, recogen la cosecha que alcanza un alto precio.

Tan rudos y peligrosos trabajos, que ponen en tensión, por largas horas, las energías del hombre llanero, se compensan con las veladas y “joropos”, las diversiones preferidas de la vaquería, que es gente sobria y sencilla. Por las noches, después de la dura brega, —en que se hace derroche de valentía y destreza— bajo los “caneyes” preparados al efecto, se agrupan los peones y mientras toman el sobrio alimento, relatan en torno del fogón patriarcal los lances del trabajo, hechos hazañosos en que cada cual trata de superar al compañero. En el ambiente cordial, el alma se abre a la belleza, el ingenio despierta, la fantasía tiende su vuelo y nace la poesía del llano, inspirada, jovial, llena de fresca gracia. Se acostumbra también la improvisación alternada, semejante a la “payada”, y por no quedar atrás en nada, si el acervo folclórico tiene aquel Santos Vega que “murió cantando de amor como pájaro en la rama”, la llanura venezolana cuenta con Florentino, “el gran cantador llanero que todo lo dijo en coplas”; y que puesto a improvisar, ganara una apuesta al mismísimo diablo. Porque esos hombres son así; porque “para cada caso que se necesite decir hay en el Llano una copla que ya lo tiene dicho, porque la vida es simple y desprovista de novedades y porque los espíritus son propensos a las formas pintorescas de la imaginación”.

En su otro aspecto los encontramos estoicos, “sufridores”, recibiendo los hechos fatales con la mansa resignación que también conocemos en el indígena de nuestras tierras. Así se pintan la historia de “Bajarte” y el breve relato dolorido del vaquero Bernigio, a requiriendo un tigre de cuánto la alegría del nietecillo. En el lenguaje de castiza corrección los provincialismos están usados con mesura y acierto, dando, sin embargo, el matiz propio de la región. Acaso el autor pecó por carta de más en la necesidad de corrección verbal, al poner en boca de la gente ruda de hato; palabras y razonamientos que no convienen a espíritus tan simples. Marisela, Antonio y el mismo Santos al dirigirse a sus peones, usan formas demasiado com-

plicadas, que parecen un tanto falsas. Cuando sólo se sigue el hilo del relato, están muy bien las imágenes y las metáforas resultan admirables.

Al cerrar este libro, que nos hizo vivir en la maravillosa planicie, "toda horizontes, toda caminos", se siente que la invocación última del autor podría ser la de tantas tierras hermanas que alimentan anhelos semejantes: "¡Llanura venezolana! propicia para el esfuerzo como lo fue para la hazaña, tierra de horizontes abiertos donde una raza buena ama, sufre y espera!"

IV

Completa esta intensa trilogía a obra del colombiano José Eustasio Rivera, que en "La Vorágine" parece haber agotado toda su potencia vital y su alta calidad poética.

Trazada sobre un plan en absoluto modernista, realiza en una forma que no tiene antecedente en América, bien puede decirse, con Horacio Quiroga, que es "el libro más trascendental que se ha publicado en el Continente". En efecto, ningún escritor, desde que el hombre español dominó las culturas aborígenes, había logrado dar en las páginas de un libro, más honda y absoluta sensación de ambiente, de fuerza, de vida, en su total realidad. Y es en una región casi salvaje, desconocida casi, de belleza turbadora y temibles poderes naturales, donde el autor encuentra la fuente inspiradora, la que nadie antes se atrevió a imaginar, la venenosa linfa que nadie ha probado. Porque la selva es un santuario pavoroso, poblado de maléficos genios que ceñan con horribles polígonos el misterio medroso de su inmensidad. Nadie penetró en su recinto sin quedar para siempre dañado, en el cuerpo o el espíritu, y el autor, como el protagonista infeliz, debe haber implorado a la terrible deidad en la más angustiada invocación: "Déjame huir, oh selva, de tus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad. Tú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas. ¡Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vista no tiene obstáculos y se encuentra el espí-

ritu en la luz libre! Quiero el calor de los arenales, el espejo de las canículas, la vibración de las pampas abiertas. Déjame tornar a la tierra de donde vine, para desandar esa ruta de lágrimas y sangre que recorrí en nefando día, cuando tras las huellas de una mujer me arrastré por montes y desiertos en busca de la Venganza, diosa implacable que sólo sonríe sobre las tumbas!"

Y el terrible sortilegio con que su monstruoso poder retiene al miserable que se aventuró a robar la sangre sus árboles colosos, se cierne como un hado inexorable sobre la caravana ilusa de caucheros. "Un signo de fracaso y maldición persigue a cuantos explotan la mina verde. La selva los aniquila, la selva los retiene, la selva los llama para tragárselos. Los que escapan, aunque se refugien en las ciudades, llevan ya el maleficio en cuerpo y alma. Mustios, envejecidos, decepcionados, no tienen más que una aspiración: Volver, volver, a sabiendas de que si vuelven perecerán. Y los que se quedan, los que desoyen el llamamiento de la montaña, siempre declinan en la miseria, víctimas de dolencias desconocidas, siendo carne palúdica de hospital, entregándose a la cuchilla que les corta el hígado por pedazos, como en pena de algo sacrílego que cometieron contra los indios, contra los árboles.

En su seno, teatro de la más pavorosa y vasta tragedia, los gigantescos "siringales" se nutren del jugo espeso, el oro vegetal, más funesto que el rubio metal. El caucho, que sus cortezas heridas destilan, como un filtro satánico, enciende en los hombres ciega ambición, ahogando todo impulso en el que ha probado su veneno. Las amenazas de la selva, por múltiples, por inesperadas, por inexorables, ahogan en su horror toda nobleza, envenenan el sentimiento, matan la bondad y enloquecen al miserable ejército que logró traspasar sus dinteles. Dentro de sus ámbitos, bajo la sombra pérfida de su ramaje que oculta el cielo y la luz estelar, se desarrolla la dantesca existencia de millares de humanos, que en las garras del Moloch insaciable, van pereciendo entre crueles tormentos. Los árboles heridos, las lianas arrancadas, las bestias terribles por su tamaño o número, todo conspira contra el cauchero, contra el hombre que allí es la víctima constante de todo lo que vive y alienta.

La trama del relato, tejida en la red de un lirismo vibrante, expresada en lenguaje de suprema riqueza, sobre la base espiritual más fina, hacen una obra humana, que si no ha alcanzado la perfección, está muy cerca de ella.

Un hombre joven, de excepcionales dotes, Arturo Cova, impelido por un hado fatal, huye de la ciudad donde su talento se abría, hacia la selva, que atrae tantas ambiciones con su señuelo de riqueza. Enterpecida su marcha por la inexperiencia de Alicia, que al entregarse a él lo arrastró a la desventura, hacen alto en Casanare, donde los acoge una extraña pareja: la "niña" Griselda, mujer de ingenua amoralidad y Fidel Franco, su compañero, carácter firme y lleno de nobleza, peón de un hato cercano. Por instigaciones de la niña Griselda—que tiene extrañas entrevistas con un tal Barrera—nace la desconfianza entre la débil Alicia y su impulsivo compañero. Barrera, hombre de conducta solapada y maneras hipócritas, engaña a todos los peones de la región con promesas deslumbrantes de bienestar en las fundaciones quiméricas del río Vichada. Es el enganchador, que comete toda clase de abusos so color de autoridad, necesaria entre gente malévola, como son los peones enganchados, los extranjeros que se dicen emigrados políticos, y los indios, convencidos o arrebatados por la fuerza de sus tribus.

Un día, Arturo Cova, enloquecido por un brebaje que al niña Griselda le da, ofende a Alicia, golpea a la patrona, y huye al hato vecino. El viejo Zubieta—el dueño—borracho y embrutecido, le recibe, pero en una reyerta con Barrera, resulta herido y se convence de la falacia de éste. Iba a cerrar un negocio de compra de ganado y se encuentra con que los planes arteros de Barrera impiden toda seriedad en el trato; en represalias, deja escapar el ganado que aquél pretendía quitarle.

Todavía lejos el ánimo de la cruel aventura que le espera, sueña con el amor reconquistado y su pensamiento se reposa en visiones de inefable dulzura; "¿Para qué las ciudades?—exclama—Quizá mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auroras, en el idioma desconocido de las cosas; en cantar lo que dice el peón la onda que se

déspide, el arrebol a la ciénaga, la estrella a las inmensidades que guardan el silencio de Dios. Allí en esos campos soñé quedarme con Alicia, a envejecer entre la juventud de nuestros hijos, a declinar ante los soles nacientes, a sentir fatigados nuestros corazones entre la savia vigorosa de los vegetales centenarios, hasta que un día llorara yo sobre su cadáver o ella sobre el mío”.

Pero estos momentos de ensueño serán los últimos que el destino le permita; las sombras trágicas del horror empiezan a perfilarse ante sus ojos que van a empaparse de crueldad. Para reunir el disperso ganado, Cova se agrega a grupo de vaqueros, con el mulato Correa, que le sigue desde su anterior hospedaje. Entre los lances cruentos del rodeo, un toro salvaje da muerte a un secuaz de Barrera y el mutilado cadáver suspenso de las astas brutales, da un calosfrío de horror desde las páginas que copian el horrendo percance. A partir de este momento, la pavorosa cadena de sucesos en que la crueldad del sino o de los hombres muestra su desnuda crudeza, se desenvuelve trágica hasta la última línea.

Acusados Cova y Franco de la muerte del viejo dueño del ható, parten al antiguo refugio, de donde las mujeres han huído, arrastradas tal vez por Barrera, y una demencia homicida los arroja a la selva, en pos de la venganza. Franco, desertor y homicida, Cova en busca de horribles represalias, el malhechor Pipa y el mulato Correa—el único que no sabe por qué va—sin poder tornar a la vida que dejaron, empiezan una existencia nómada, dejando atrás las llanuras de lejano confín, y el ellas, la esperanza y la juventud.

Guiados por el Pipa, llegan a la guarida de indios salvajes donde permanecen algunos días. Para proveerse de artículos indispensables, exhaustos de dinero, acuden a coleccionar plumas de garza, entre los mil peligros que defienden el albo tesoro. El tono lírico con que se habla del garcero, llena las páginas de poder sugestivo, mezclando por modo admirable, las sensaciones musicales de la palabra, con las pictóricas que el asunto requiere. (Es digno de notarse que dos escritores, Gallegos y Rivera demuestran igual maestría para tratar, con distintas excelencias, idéntico motivo.)

Un hálito de tristeza sombría, nacido en la hon-



dura del espíritu, apaga, a las veces, los ímpetus del soñador que se aventuró en el desierto, y sin saber a donde caminaba su planta, lo llevaba lejos de sus lares para vagar, estéril y taciturno, como el viento de la pampa. La fiebre y el desamparo en tierras inhospitalarias le extravían la razón y sólo el apoyo amistoso de Franco lo salva del delirio. Un errante subordinado de éste se une a su triste comitiva; por él saben que Barrera sigue hacia el Brasil, a vender la gente que lleva, y entre ella están Griselda y Alicia. Helí Mesa, el fugitivo, cuenta también la odiosa celada en que cayeron los que enganchó Barrera y cómo él, para librarse de horrenda esclavitud, tuvo que recurrir a sanguinarios medios.

Por fin, agotada la resistencia física por la fiebre y el hambre, extraviada la razón, ofuscado el juicio, le llega un día otra tremenda revelación: el cerebro, que parecía tan firme se rinde también y la alucinación lo prende en sus garras pavorosas. Un sueño que creyó cataléptico, aunque acaso fue sólo pesadilla, acaba de alterar su conciencia.

Entretanto, los indios que acompañan a Mesa dan noticia del lugar que persiguen. En la margen del Pupunagua vive una tribu cosmopolita; formada por todos los desechos sociales: fugitivos de todas las caucherías, extranjeros que huyen de toda ley, indios y criollos escapados a la justicia, atrapan a todo el que se atreve a llegar a sus dominios, para convertirlo en escavo y aumentar sus cuadrillas de gomeros. Administra la fundación "El Cayeno", torvo personaje huído del presidio, que aún entre aquella gente que desconoce la piedad tiene un odioso prestigio.

En un cuadro de grandiosa belleza nos asalta la visión del torrente que arrebató como plumas a los audaces indígenas que Helí Mesa llevara: "Mas cuando creíamos escaladas todas las torrenteras, nos trajo el eco del monte el fragor de otro rápido turbulento que batía a lo lejos su espuma brava como un gallardete sobre el peñascal. En zumbadora rapidez, enarcábase el agua provocando una ventolina que remecía las gudejas de los bambúes y hacía girar el iris ingravido con un bamboleo de arcada móvil entre la niebla de los hervideros. A lo largo de ambas orillas erguía sus fragmentos el basalto roto por el río—tormentoso to-

rrente en estrecha gorja—y a la derecha, como un brazo que el cerro les tendía a los vórtices, sobreaguaba la hilera de rocas máximas con su serie de cascadas folgentes”. “Los briosos nativos obedecieron, y dentro del leño resbaladizo, que zigzagueaba entre las espumas, forcejearon por impelerlo hacia la chorrera; mas dd repente, al reventarse las amarras, la canoa retrocedió sobre el tumbo rugiente, y antes que pudiéramos lanzar un grito, el embudo trágico los sorbió a todos”.

“Los sombreros de los dos náufragos quedaron girando en el remolino, bajo el iris que abría sus pétalos como la mariposa de la indiecita Maripiana”.

La fuerza emocional que trasciende de estas líneas, soñamente encuentra paralelo en los cuentos de Edgard Allan Poe, donde el estremecimiento del horror constituye nueva calidad estética. Es la misma crispación nerviosa que sobrecoge al lector frente a las páginas de “Un descenso al Maelstrom”.

Por boca de Arturo Cova parece hablar la emoción misma del autor: “La visión frenética del naufragio me sacudió con una ráfaga de belleza. La muerte había escogido una forma nueva contra sus víctimas, y era de agradecerle que nos devorara sin verter sangre, sin dar a los cadáveres livores repulsivos. ¡Bello morir el de aquellos hombres cuya existencia apagóse de pronto, como una brasa entre las espumas, al través de las cuales subió el espíritu, haciéndolas hervir de júbilo”.

El desprecio por la vida ajena, la crueldad inconsciente que parecen latir en estas palabras son sólo una forma de piedad, la que no encuentra ya otro alivio a os tormentos de sus desgraciados compañeros. Pero la apariencia de perfidia subleva a Franco, que se duele de su falsía y caprichosa impetuosidad. Ya desatada la corriente de los mutuos rencores, escucha de labios del amigo la historia sangrienta que lo unió a Griselda.

Por fin, salvando innúmeras dificultades y con astutas precauciones, asaltan al vigía que sobre el río Inirida, tenían las avanzadas del Cayeno. Era Clemente Silva, un viejo cuyas asquerosas llagas testimoniaban doloroso infortunio. Su historia principió con este preámbulo desolador: “La selva trastorna al hombre desarrollándole los instintos más inhumanos; la crueldad invade las almas con intrincado espino y

la codicia quema como fiebre. El ansia de riquezas con- valece al cuerpo ya desfallecido y el olor del caucho produce la locura de los millones". Relata después los turbios negocios que el Cayeno sostiene con Barrera y con una mujer turca a quien llaman "la madona"; la esclavitud horrenda a que están sometidos los caucheros, que se cambian por mercancías y baratijas y se someten a la más inhumana expoliación; los abusos inenarrables que los amos cometen, no ya sólo con los tristes enganchados, sino con sus mujeres e hijos.

El trabajó dieciseis años arrastrando una existencia miserable en esas odiosas caucherías, tan sólo por rescatar a su hijo, que, pequeño, huyó de su casa, no queriendo soportar la mancha que su hermana lanzara a la familia. En su búsqueda por "siringales" y caucherías pasó los años, soportando los más crueles maltratos, y dejando en las cortezas que picaba el angustioso llamado al hijo querido.

Un día, en poder de un bárbaro amo, pidió la cuenta de su hijo, ¡para comprarlo!; el amo le propuso la libertad del muchacho a cambio de su complicidad para el robo y asalto a una cauchería lejana. Finge aceptar el contrato y sólo, extenuado y febril, continúa la doliente odisea, abriéndose camino con su machete, comiendo yerbas silvestres, remontando los caños peligrosos.

Un explorador francés, a quien logró interesar por la suerte de los infelices caucheros, pide protección a cónsules y gobernantes, pero sus llamamientos a la humanidad se pierden en las lejanías y ni él mismo escapa a la furia vengativa de los amos. Tampoco un visitador que llegó para juzgar la situación, supo mirar las torturas que sufrían los miserables y todo continúa por los mismos trágicos senderos.

Un día la suerte se le mostró menos hosca: un colombiano que aparecía como capataz, consigue que la turca compre al viejo, llevándolo a Manaos. Allí, después de invocar en vano la protección de los cónsules, le espera la noticia fatal: a su hijo Luciano, lo mató un árbol, en el Yaravaté. Y con el alma rota, volvió a la esclavitud de las caucherías para recoger los huesos amados: "la selva, indirectamente lo reclamaba como a prófugo y era el espectro de Lucianito el que le pedía volver atrás!"

Todavía le espera al viejo una aventura cruel: en busca de la tumba que guarda el tesoro de unos huesos, cae en poder de un nuevo amo; una estratagema le facilita la fuga con otros seis caucheros, que fiaban en su capacidad de orientarse entre aquellas malezas. Salen con la esperanza en el corazón, acariciando dulces proyectos y caminan, sin saberlo, hacia la muerte. El "rumbero" Silva se extravía, se confunde y la selva empieza a atacarlos; llegan el hambre, la fatiga, la exasperación y aquella terrible plaga de hormigas carnívoras que les sirvió de pretexto para la huida. Metidos hasta el cuello en el cieno, pasaron horas de martirio, "horas horripilantes en que saborearon a sorbo y sorbo las alquitaradas hieles de la tortura". Luego sobrevino la locura: uno de ellos dió muerte al hermano; los demás se dispersaron. Días después Dn. Clemente encontró las calaveras.

La alucinación que sobrecoge al espíritu atormentado, vuelve a adueñarse de Cova; el viejo Clemente la explica como una terrible venganza: "Nadie ha sabido cuál es la causa del misterio que nos trastorna cuando vagamos en la selva. Sin embargo, creo acertar en la explicación: cualquiera de estos árboles se amansaría, tornándose amistoso y hasta risueño, en un parque, en un camino, en una llanura, donde nadie lo sangrara ni persiguiera; mas aquí, todos son perversos, o agresivos, o hipnotizantes. En estos silencios, bajo estas sombras, tienen su manera de combatiernos: algo nos asusta, algo nos crispa, algo nos oprime y viene el mareo de las espesuras, y queremos huir, y nos extraviamos y por esta razón, miles de caucheros no volvieron a salir nunca". Entonces siente, en todo su horror, los poderes siniestros de la selva, que se adueñan del hombre y lo envuelven en su red inextricable; siente la horrible belleza que encarcela su voluntad y abate las energías y en el delirio en que naufraga su fantasía, con turbada emoción clama: "Esta selva, sádica y virgen procura al ánimo la alucinación del peligro próximo. El vegetal es un ser sensible cuya psicología desconocemos. En estas soledades, cuando nos habla, sólo entiende su idioma el presentimiento. Bajo su poder, los nervios del hombre se convierten en cuerdas distendidas hacia el asalto, hacia la traición, hacia la asechanza. Los sentidos hu-

manos equivocan sus facultades. el ojo siente, la nariz explora, las piernas calculan y la sangre clama: ¡Huyamos! ¡huyamos!”.

Por fin arribaron a los dominios del terrible Cayeno, Su secuaz, apodado “ el váquiro”, embrutecido por el alcohol, se dejó vencer por las adulaciones de Cova y creyó cuanto él le dijo de su procedencia y de sus acompañantes. Allí estaba también la ambiciosa turca Zoraida Ayrám de quien ya se sabía que había enloquecido al desdichado Luciano. Cova se puso en guardia contra ella, mas luego se dejó ganar por sus encantos, acaso porque su fantasía la idealizó a favor del embrujo lunar que envolvió la música de su acordeón. En medio de la selva tenebrosa, aquellas notas de apacible acento tenían una dulzura para aquellas criaturas miserables. “Tuve la impresión de que una flauta estaba dialogando con las estrellas. Luego me pareció que la noche era muy azul y que un coro de monjas cantaba en el seno de las montañas, con acento adelgazado por los follajes, desde inconcebibles lejanías. Aquella música de secreto y de intimidad daba motivo a evocaciones y saudades. Cada cual comenzó a sentir en su corazón que lo interrogaba una voz conocida.” Y su fina sensibilidad enalteció a la mujer que era sólo una atrevida aventurera.

Otros horrores se sumen, en aquellos lugares, a los tormentos ya descritos. La isla del Purgatorio, donde los “delincuentes”, hombres, mujeres o niños mueren bajo el azote de murciélagos y zancudos; las niñas, hijas de esclavos, inmoladas a los insaciables amos aún antes de la pubertad; o arrojadas como premio bestial de los peones que lograron agradar al capitán; los hijos de aquellas víctimas, que ni en medio siglo pagarán la deuda de su mísera niñez, según las cuentas del terrible patrón.

Entre aquella escoria humana, Cova encuentra un amigo de su brillante juventud: Ramiro Estévez. Era un soñador, p'atónico, enamorado de toda nobleza. Un amor irrealizable lo entregó al fracaso, tornándolo mordáz y amargado, y ahora, sus ojos casi apagados, son vivo testimonio de las escenas de pillaje y crueldad que presenciaron. Unidos todos por un común anhelo de liberación, logran que se evada el viejo Silva con un mensaje angustioso para las auto-



ridades más próximas. Todavía en el último instante, el desventurado anciano ha de perder los huesos del hijo, la única razón de su lacerante miseria. Se va, rugiente de ira, prometiendo volver y exterminar aquella raza abyecta de caciques. Noches después, con astuta constancia descubren que la turca se adueñó de la niña Griselda y la obliga a vigilar el transporte nocturno del caucho que ella roba. Con amenazas de denuncia, logran que haga venir a Griselda, y ella, en su graciosa lengua, con ironía que sabe a lágrimas, cuenta sus desventuras, desde que dió muerte al jefe atrevido que intentó ofenderla, hasta que Franco, agradecido pero esquivo, fue dejándola sola, para librarse de ella y Barrera la envolvió en sus pérfidas redes llevándola a la esclavitud; cuenta también la solapada maldad del enganchador, para alejar a Alicia de Arturo, y uncirla a la ignominia de su compañía; que ella se defendió bravamente, señalando en la cara del agresor los trazos de su venal conducta y que ahora estaba en Yaguanarí, sin haber sufrido la tortura de la esclavitud gracias a su próxima maternidad.

Con la brutal emoción de estas nuevas, el trastorno físico de Cova culminó en un mal pavoroso: el beriberi! El creyó en la hemiplejía, por esa sensación mortal que le dejaba inerte toda una mitad de su cuerpo, sintiéndolo como un estorbo y bregando contra su inconcebible pesantez. Era el mal terrible que enloquece a los caucheros, que les violenta a arrancarse el miembro atacado, y morir, comidos por la gangrena.

A punto de evadirse hacia la venganza obsedante, aparece el fatídico Cayeno, que en su ira al descubrir el robo y la traición, tolera los sangrientos desmanes de su gente y ordena horrendas represalias. Va a descubrir a los compañeros de Cova que ya están en el batelón de la turca con la niña Griselda. Una sorda lucha, lo arroja, desarmado al río y en sus turbias aguas los perros, —héros también de la funesta odisea— cumplen en su cuerpo terrible venganza.

A bordo del batelón, por el Río Negro, alcanzan el fin de su viaje; Cova ha perdido la sensibilidad de una pierna, mas en su corazón late el odio con fuerza inextinguible y el presagio, que siempre le previno en momentos inminentes, alza su turbadora voz: "En la agencia de los vapores dejé una carta para el cónsul.

En ella me despidió de lo que fui, de lo que anhelé, de lo que en otro ambiente pude haber sido. Tengo el presentimiento de que mi senda toca a su fin y, cual sordo zumbido de ramajes en la tormenta, percibo la amenaza de la vorágine". Y esta vez, más cruelmente que otras, el presagio iba a cumplirse. El enemigo abyecto, tras de lucha mortal, sucumbió a su furor y los monstruosos peces terminaron la trágica venganza haciendo horrendo festín de su cuerpo.

Horas más tarde Alicia dió a luz un pequeñuelo que arribó a la existencia urgido por las espantosas conmociones de la pobre madre. Saciadas las violencias, en el corazón de Arturo florece la ternura y una luz de esperanza le abre caminos nuevos. Para huir del contagio de un mal terrible, deciden internarse en la selva en espera de Clemente Silva. Y puesta en Dios la esperanza, la caravana parte... Un mensaje angustioso, dejado al fiel amigo, es la última huella que halló Dn. Clemente. De Franco, Helí. Griséda. Arturo, el niño y los dos perros, nunca se supo más...

Tales son los elementos que completan la tragedia; porque tragedia, en el sentido griego, es la que el lector tuvo ante sus ojos deslumbrados. La fatalidad, la fuerza inexorable que vela sobre los míseros mortales, se muestra en toda su aterradora grandeza: Aquí, es la Selva, la tremenda fuerza cósmica que arrastra y envuelve en su tenebrosa red toda la larga caravana de elegidos. Arturo Cova y sus dolientes compañeros no son más que el ejemplo, entre la multitud anónima, Al sacarlos al primer plano, para acercarlos al espectador, el arte de Rivera deja entrever la suma de dolores que ha quedado atrás, completando, desde la penumbra, la intensa fatalidad que es el ambiente sostenido de la obra. Es el poder nefasto que se cierne sobre los desdichados héroes de Maeterlinck, pero agrandado, agigantado hasta los límites que sólo alcanzaron con cordura, los magnos poetas de la Grecia. Porque Rivera, —y este es acaso su más difícil acierto— sostiene en sus páginas el trágico aliento de lo fatal, sin derivar un momento hacia el plano inferior de lo truculento. Poeta de la más alta calidad, no pierde, ni en los detalles mimios, el decoro espiritual o el refinamiento de la expresión. Tras de las páginas donde queda la huella del horror, encuen-

tra de nuevo la ponderación, la exquisita elegancia con que habla de sí mismo (Arturo Cova), o de los seres que en su vida tuvieron alta categoría (Ramiro Estévez).

Su sensibilidad, de gusto depurado, nos hace donde bellísimas páginas en que late la más pura emoción estética; acaso las más bien logradas son, la descripción de la tormenta en que el llano, la sinfonía acuática del garcero y la preciosa leyenda de la indiecita Mapiripana, en que se mezclan la gracia y la superstición y que Helí mesa empezó con estas sugestivas imágenes: "Tracemos en este arenal una mariposa, con el dedo del corazón como exvoto propicio a la muerte y a los genios del bosque, pues voy a contar la historia de la indiecita Mapiripana. La indiecita Mapiripana es la sacerdotiza de los silencios,, la celadora de manantiales y lagunas. Vive en el riñón de las selvas, exprimiendo las nubecillas, encauzando las filtraciones, buscando perlas de agua en la felpa de los barrancos, para formar nuevas vertientes que den su tesoro a los grandes ríos. Gracias a ella tienen tributarios el Orinoco y el Amazonas".

La selva, el verdadero personaje, la expresión medular de la obra, ha debido cobrar muy caro la inaudita osadía del mortal que se atrevió a arrancarle su secreto, a desnudarla ante ojos que no son los de sus víctimas, a dar el grito de alerta contra ella. Porque ninguna admonición, ninguna predica, ningún consejo salvarán al incauto de sus apremios, mejor que esta emotiva invocación: "Oh, selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos. ¿Dónde estará la estrella querida que de tarde pasea las lomas? ¿Aquellos celajes de oro y múrce con que se viste el angel de los ponientes. por qué no tiemblan en tu dombo? ¿Cuántas veces suspiró mi alma adivinando a través de tus laberintos el reflejo del astro que empurpura las lejanías, hacia el lado de mi país, donde hay llanuras inolvidables y cumbres de corona blanca, desde cuyos picachos me



ví a la altura de las cordilleras? ¿Sobre qué sitio er-
guirá la luna su apacible faro de plata? ¡Tú me ro-
baste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis
ojos la monotonía de tu cenit, por donde pasa el pláci-
do albor, que jamás alumbra las hojarascas de tus se-
nos húmedos”.

Ni otro ejemplo que, como el de Ramiro Estéva-
nez muestre más claramente el maleficio agotador
con que la selva aniquila todo impulso: Cova) —“Pe-
ro, no te entusiasma la libertad? (Ramiro)— Ella no
me bastó para ser feliz. ¿Volver yo a las ciudades
desmedrado, pobre y enfermo? El que dejó sus lares
para conquistar la fortuna no debe tornar pidiendo
limosna. Por aquí, siquiera nadie conoce mis vicisitu-
des y la miseria toma aspectos de obligatoria renun-
ciación. ¿Caiga el olvido sobre el que nunca puede ol-
vidar!”

Ahora bien: la aterradora potencia que la selva
significa, su voracidad insaciable que a nadie perdo-
na, su imponente grandeza, ponen bien de resalto el
heroico valor de los hombres que la desafían, la mag-
nanimidad de su ánimo, los tintes epopéyicos de su
empresa. Porque son de una infinita debilidad, por-
que están inermes ante sus mil asechanzas, porque
saben que en el empeño dejarán su vida a girones; y
no obstante, “atropellados por la desdicha, desde el
anonimato de las ciudades se lanzaron a los desiertos,
buscándole un fin cualquiera a su vida estéril,” y
“teniendo a la selva por enemigo, no saben a quien
combatir, y se arremeten unos a otros, y se matan y
se sojuzgan en los intervalos de su denuedo contra el
bosque”.

Para terminar, sólo añadiré algunas considera-
ciones desde el punto de vista del lenguaje: Prívile-
gio de verdaderos poetas es el de crear en el lector
o el oyente la sensación casi absoluta de que las co-
sas que él dijo sólo en esa forma podrían ser dichas.
Encantar al auditor con la flauta panida, de manera
tal que una vez callada su voz, perezca a los profanos
no haber conocido antes nunca las notas que escuchó
ni su significado preciso: Tal es el don de la creación
poética, tal es su valor musical extrínseco.

José Eustasio Rivera, el “La Vorágine” consigue
de manera absoluta ese propósito: Los vocablos y gi-

ros de lenguaje están allí en su lugar, con precisión y justeza admirables. Para un asunto tan rico, tan novedoso, tan vasto, el lenguaje parece renovado, creado en el momento mismo, y logra ser una unidad indivisible con la forma interior de la concepción artística, siguiendo su ritmo y expresando su intención oculta. En los momentos de más honda emoción estética se siente la intuición verdadera, la absoluta cohesión que crea las obras imperecederas. Y como la gracia es el matiz supremo de artista, su peligrosa piedra de toque, Rivera no la desdeña y allí está, aleteando en los labios de la "niña Griselda", del "mulático" desventurado, del viejo Zubieta.

CONCLUSION.

Muy difícil, si no imposible, sería concretar en unas líneas un juicio completo y absoluto sobre los reales valores de las tres obras comentadas arriba: Producto de diferente medio, natural y social, concepción de tres hombres distintos que llevan en su sangre atavismo semejantes pero no iguales, nada extraño puede parecer que entre ellas, sólo la intuición artística que realizan puede colocarlos sobre un mismo plano: el de las obras de arte. En efecto, si entendemos que los medios de expresión que el artista maneja para cumplir su obra, nada tienen de intrínseco valor que los subordine uno a otro, y que lo único que vale en ellos de manera absoluta, es el soplo de belleza que los anima, tendremos entonces que aceptar que entre Don Segundo Sombra, Doña Bárbara y La Vorágine, no hay supremacía o gradación alguna. En Don Segundo Sombra encuentro la exaltación del tipo gauchesco, una vibrante exégesis de la vida libérrima en la pampa, que desde el punto de vista social, no sería ya posible prolongar; es un grito de patriotismo sincero lanzado a los cuatro vientos, pero en él no hay problema social, sino humano; el hombre libre de la pampa que no se somete sin lucha a los limitaciones de la civilización. El gaucho es un tipo casi extinguido, pero su desaparición no entraña ningún entorpecimiento en la vida actual de la Argentina, como no lo entraña entre nosotros la desaparición del autóctono charro. De la vida real campesina pasarán sus figuras a la vida perenne de la leyenda sin que la menor convulsión espiritual señale el momento en que una termina y empieza la otra.

En Doña Bárbara, en cambio, el problema espiritual y social se perfila desde los primeros capítulos. Es el poder complicado de la civilización en lucha tremenda contra adversarios no menos fuertes. La conciencia del hombre cultivado que quiere imponer las conquistas de la inteligencia en la vasta porción adormecida bajo siglos de pereza mental. El choque resulta doloroso y en la lucha cruda que se entabla, la sensibilidad afinada del hombre va quedando maltrecha y sus ímpetus apagados. Y al final, en la an-

cha llanura que hace siglos soporta el yugo del hombre sin entregarse vencida a su voluntad, queda siempre la esperanza, la llama heroica encendida por los primeros colonos españoles.

En la Vorágine el conflicto reviste, como hemos visto, caracteres de tragedia. El hombre, muy pequeño frente al colosal enemigo, se agiganta sin embargo en la lucha titánica por el temple de su alma que no cede un punto en el tenaz empeño. Impávido, heroico, mira caer a su lado cien hermanos inertes que sólo se le han adelantado en el camino. Por todas partes le cerca el peligro, la asechanza se multiplica, las mismas potencias de su alma se extravían y en el límite de la locura y de la muerte, se yergue todavía, agotado, exhausto, pero no vencido. El espejismo de la riqueza lo arrancó de la vida tranquila; ha dejado tras su huela todos los bienes que trajera y aunque la preciada goma, escape de sus manos seguirá la brega horrible hasta el último momento.

¿Salvará el ejemplo de Arturo Cova a algunos ilusos que sueñen enriquecerse en la selva? En todo caso, La Vorágine les mostró su destino y cumple por otro lado su misión de obra bella.

Las tres obras realizan su fin humano y artístico: dan a conocer el país en que nacieron, la raza que los anima, las pasiones que preponderan en sus hombres; y despiertan a la contemplación de cosas bellas el anhelo de lectores distantes, a los que hacen amar otro girón de mundo y conocer otro aspecto del alma humana.

Las diferencias exteriores podrán hacer que alguno prefiera Doña Bárbara a Don Segundo o La Vorágine a cualquiera de las anteriores, por ciertas afinidades espirituales con el ambiente, el tipo central o el problema humano que presentan; hasta es posible que se aduzcan excelencias técnicas, aciertos novedosos en estética, trascendencia social. Quede esa discusión para plumas doctas o influyentes. Yo encuentro que las tres poseen calidad estética suficiente para considerarse como realizaciones de belleza. Y si a la obra de arte no ha de pedírsele más que ser bella, Giraldes, Gallegos y Rivera cumplieron su tarea de escritores colocándose entre los elegidos.

